



Concurso de relatos breves

Ilustre Colegio Oficial de Veterinarios de Cádiz

Recopilación de historias enviadas por los colegiados

Anécdota de un Buiatra Taurino en el Campo Bravo Gaditano

Previo a mi llegada a España en noviembre de 1988, a trabajar con ganado de lidia en 4 ganaderías coordinadas por Álvaro Domecq padre, trabajé en México usando Xilazina como tranquilizante en este ganado y solo a mi llegada a Jerez conocí el Imobilon. Estando desayunando un domingo, con toda la familia de Don Álvaro en los Alburejos, llamo Borja Prado Eulate de Torrealta diciendo que tenía un toro con una cornada que requería atención. Toda la familia se animó a ir a curar al toro, Alvarito Domecq, su esposa Maribel, Tito Domecq y las niñas pequeñas que es ese tiempo vivían, Valbanera, Esperanza y Patri (qepd). Después de haber disparado el dardo al toro, desde la cerca, y haber producido su efecto narcotizador, toda la familia entro a pie al cerrado y “entre todos” curamos al toro. Al término de la curación todos salieron y aplique al toro por vía intravenosa el antinarcótico correspondiente, Revivon.

Sin saber cuál era el tiempo de recuperación, salí caminando del cerrado y me pare en la cerca con reloj en mano esperando que el toro se pusiera de pie. Pasaron casi 3 minutos y el toro no hacía un solo movimiento, así que entre a ver qué pasaba. Cuando me acerque a él, mostraba una lenta y profunda frecuencia respiratoria que me hizo pensar que se moría. Habiendo sido el primer toro que narcotizaba en España y temiendo que se moría, en mi desesperación empecé a tirarle fuertemente de la cola. Para mi sorpresa el toro se puso de pie de un salto y sin más, totalmente recuperado arremetió contra mí. La distancia que nos separaba de la cerca era de 30 metros (al día siguiente la medí) y corriendo con todas mis fuerzas y con dos pitacos atrás, salte la cerca en última instancia pensando que el toro pararía. Sin embargo, el vuelo que llevaba era tal que cuando caí del otro lado de la alambrada, rompió los 5 hilos del alambre de púas y entre pisotones y cornadas al aire, me daba toda la leña que podía, hasta que el chofer de Tito que estaba cerca le tiro su chamarra y me hizo un quite milagroso. Pase cojeando una semana, pero me decía Tito Domecq que ya me veía de regreso a México como fiambre. Así es como comenzó una nueva etapa de mi vida.

Origen desconocido de Perdidas Reproductivas en la Ganadería Brava

El costo de mantenimiento de una vaca brava, que no produce leche en exceso para su comercialización, como la vaca lechera, debe ser cubierto con la producción de un becerro al año. Es sabido que no todas las vacas expuestas a un toro fértil lo hacen con esa frecuencia debido a su falta de fertilización, pérdidas embrionarias (reabsorciones), pérdidas fetales (abortos) o muerte del becerro al nacer (mortinatos). Una ganadería sevillana me pidió en el año 2001, resolver un problema de baja parición que padecía desde hacía varios años. La revisión de los registros indicaba que el historial de parición no excedía de un 45%. Se hicieron los estudios correspondientes, incluidos serológicos y después de un examen reproductivo rectal a 158 vacas expuestas a los toros durante la temporada previa, el 62% demostró estar preñada entre 40 días y 5 meses de gestación. Durante la revisión daba yo en voz alta al administrador el resultado de cada vaca sobre su tiempo de preñez lo cual apuntaba cuidadosamente en los registros correspondientes. Mientras tanto, el Mayoral y los vaqueros reían a cada diagnóstico positivo que yo hacía. Posteriormente me entreviste con el administrador y le di las fechas aproximadas de parto para cada vaca. Se hicieron todas las correcciones de manejo, nutrición y vacunación necesarias para preservar ese porcentaje de gestación que parecía ser el mejor resultado en años. Al terminar de los partos, 8 meses después, el porcentaje de parición fue similar al de todos los años previos, 45%, sin haberse reportado un solo aborto o mortinato. Le explique al dueño que la única posible explicación era la desaparición de becerros al nacer. Sin embargo, esa explicación no está en ningún libro, ni técnico ni de campo así que esta fue la única ganadería que tuve que dejar con cajas destempladas con resultados imposibles de ser publicados excepto en forma de un relato dolorosamente breve.

Vicente Peña Romero

Cerdadas

Hay días que empiezan mal y días que no deberían empezar... Hay días alegres que se olvidan malos ratos que se convierten en historias de las que siempre te acuerdas en reuniones de amigos y que terminas contando porque, aunque parezcan inverosímiles, son totalmente reales.

Estando pasando consulta en la clínica de pequeños animales, me llega un señor de unos 70 años con su sombrero de palma un poco estropeado, sus pantalones mil rayas un poco sucias, una faja negra que disimulaba una barriguita prominente y unos zapatos repletos de barro. Su piel quemada por el sol ponía de relieve una cara redonda de mofletes colorados y una nariz picuda. Un tipo digno de caricaturas para realizar historias de un tebeo.

Recuerdo que varias veces había visitado a este señor para vacunarle unos perros y creo que también para castrar unos cerdos blancos. El hombre muy serio se dirigió a mí llamándome Don Vicente, cosa que sólo me ha ocurrido dos veces en la vida y siempre con personas de edad avanzada... El hombre se acercaba de manera muy tímida hacia mí y me decía de forma repetida:

-No sabía a quien contárselo y he venido a verlo Don Vicente...
-Dígame Usted que le pasa...

El hombre cada vez estaba más colorado y parecía que le iba a dar algo en la consulta.
-Usted me va a comprender, pero yo no quiero que mi mujer se entere de esto.

Yo no tenía ni idea de lo que pasaba ni de lo que dejaba de pasar, pero el hombre cada vez estaba más rojo y más tartamudo y sus movimientos eran el de un hombre nervioso y asustado.
-Ya sabe usted D Vicente de las necesidades de los hombres...

Y aunque yo no tenía idea le dejaba hablar.

-Como usted sabe en las ciudades hay casas de putas, pero nosotros aquí en el campo, no tenemos nada de eso y ya sabe usted, la cochina se me refregaba y he tenido cosas íntimas con ellas.

Os prometo que no sabía dónde meterme, y miraba a todos lados por si se trataba de una broma, pero creo que en ese momento yo ya estaba más nervioso que el pobre hombre.

-Bueno hombre, bueno... ¿Por qué me cuenta a mí eso?

-Es que tengo una infección muy grande y no quiero que mi mujer se entere y es que no sé si ir al médico o no... Porque esto me duele una barbaridad, me pica y me huele fatal...

Y en menos de un segundo el señor se baja los pantalones, se echa los calzones blancos más bien negros para abajo y me enseña el pene. Un pene Recubierto de costras. Aquello parecía cualquier cosa menos un pene...

-Tapase usted eso, hombre... Joder... La hostia, como tiene usted eso... Eso decía, pero lo que de verdad pensaba era que aquello se le iba a caer a pedazos si no hacía algo rápido.

-Vaya usted al médico cuanto antes, pero por Dios no le cuente lo de la cerda... Dígame mejor que ha estado usted en el Garum (es un club en Conil de la Frontera) y por lo que usted más quiera, no le diga nada a su señora de esto...

Menos mal que el hombre se cerró la cremallera porque esos segundos se me hicieron horas y no sabía si mandar al pobre infeliz a tomar por... o recomendarle unos lavados con Betadine jabonoso. Opté por lo segundo y el hombre se fue muy agradecido...

Cada vez que me lo encontraba por la calle, el hombre se quitaba el sombrero de paja, llevandoselo a la barriga y diciéndome:

-Don Vicente, aquello quedó bien... Muchas gracias.

Hace que no lo veo mucho tiempo, pero esta historia la habré contado unas cien veces. Más de mil veces me he preguntado yo, si el bruto fue al médico o se curó a base de lavados de povidona yodada. Nunca lo sabremos, pero lo que sí sabemos es que, aunque parezca un verdadero cuento inventado, en el campo es muy frecuente el sexo con los animales... Y cuando el río suena, agua lleva...

El bruto del año

En estos años, he podido comprobar la dificultad para salir adelante de la gente del campo, para sobrevivir en terrenos donde cada vez era más complicado subsistir. La situación actual del campo en agricultura y ganadería lo dice todo. El ganadero muchas veces hace de veterinario intentando ahorrar los honorarios.

No voy a negar que a veces nuestros errores causan la muerte de animales de abasto ya que normalmente cuando los visitas, éstos están en el límite entre la vida y la muerte y el más mínimo descuido les causa la muerte, pero cuando más sientes la pérdida de un animal es cuando el propio propietario con sus acciones provoca daños irreparables en el animal.

He podido ver caballos morir tras obstrucciones de esófago porque el dueño le ha metido agua a presión provocando neumonía por aspiración, roturas de recto por palpaciones rectales sin guantes y sin lubricantes, inyecciones en el cuello que han provocado abscesos gigantes.

Pero donde más se prodigan los ganaderos es en el intento de hacer de parteros ayudando a la vaca a parir. Tirar del ternero sin conocimiento, fracturando las manos del mismo, provocando desgarros recto vaginales y prolapsos uterinos son frecuentes en partos complicados.

Recuerdo en Naveros como sacaron un ternero tirando con el tractor y le fracturaron las dos manos. Los intentos de cicatrización de las fracturas infectadas causaron la muerte del animal y la madre no volvió a parir por el prolapso uterino y desgarró posterior. Una cesárea podría haber arreglado el problema y el ganadero tendría vaca y ternero.

Las castraciones de cerdos son prácticas habituales de los propios dueños. Castraciones que no dan problemas en animales jóvenes pero que causan hemorragias masivas e incluso la muerte en animales de gran tamaño que no son ligados bien o a los que no se les liga el cordón espermático...Son cosas que pueden ocurrir a cualquier veterinario pero que normalmente ocurren debido al intrusismo de personas ajenas a la veterinaria.

La creencia de muchos de que el cólico del caballo ocurre porque el animal no estercola o no orina es muy frecuente y el propio dueño se encarga de sacar heces del recto del animal con sus propias manos, sin guantes y sin aceites lubricantes...He tenido que asistir a caballos con roturas rectales fatales por desgarros completos del recto. Un ganadero de caballos introdujo una manguera a través del ano del caballo y al extraerla se había dejado la boquilla dentro. Sus intentos por extraer la boquilla provocaron un desgarró rectal fatal. Lo que era una simple impactación acabó con la vida del animal. Otros intentan meter aceites a través de la boca con botellas para así ablandar contenido y facilitar la defecación, pero esa práctica suele causar neumonitis graves ya que el caballo no suele tragar el aceite que se introduce a través de la laringe en la tráquea y pulmones de los animales. Una simple impactación que causa la muerte por neumonía.

Como eso he podido ver cientos de casos que provocan la muerte del animal, pero hubo un caso que me sorprendió por su brutalidad y por el intento del dueño de negar la realidad. Fue en San Ambrosio, cerca de Barbate, en la Breña donde fui requerido para el parto de una novilla. La traían montada en un remolque, atada por los cuernos. La vaca sangraba a través de la vagina y sus cuartos traseros estaban llenos de sangre, extendida aún más por los movimientos de la cola del animal.

Cuando logramos bajar la vaca y atarla, hice una exploración del animal a través de su vagina. El útero estaba roto y sangraba copiosamente ya través de la vagina pude extraer tramos de intestino delgado. Del ternero sólo podía tocar sus costillas y la cabeza estaba hacia detrás. Era imposible poder sacarlo sin cesárea y ahora más, ya que el útero estaba destrozado. Tras mucho discutir con el dueño, reconoció que no sólo él, sino que todos los vecinos habían metido la mano dentro de la vaca...Sin guantes y sin remangar...Pero eso no fue todo...

Hice la cesárea y el ternero estaba mezclado con las asas intestinales. ¡Y sorpresa! Estaba vivo, respiraba y además empezaba moverse...Cuando acabé la cesárea me dediqué a él y pude comprobar que tenía fractura de mandíbula y había perdido sus dientes.

El intento de sacar al ternero tirando brutalmente le había fracturado la mandíbula. Lo que era simplemente un parto distócico se convirtió en un caso con pérdida del ternero, los gastos de una cesárea y una vaca con difícil pronóstico para volver a quedar gestante. Tuvimos que eutanasiar al ternero....Es lo que peor te hace sentir, salvas una vida, pero tienes que acabar con otra...Sin lugar a dudas, es el caso del bruto del año. No es el único, pero es uno de ellos.

El gozo en un pozo

Hace unos años el ganadero y amigo Enrique me llamó por teléfono bastante nervioso, cosa habitual en él por lo que no me llamó nada la atención su forma de expresarse y su nerviosismo. Siempre le daba cien vueltas a las cosas para el final contarte lo realmente importante.

-Pa' un pedazo de pan que se come uno, las irritaciones que hay que pasar...Voy a venderlas todas, no me dan más que disgustos ¿Dónde estás? Vente corriendo que se me ahoga la vaca.

-Vale Enrique, tranquilo que en media hora estoy ahí, le digo.

- ¿Media hora?, en media hora se ahoga la vaca...Corre que esto es grave.

Ignorante de mí, pensaba que la vaca estaba atragantada con una remolacha y lo que tenía era una obstrucción esofágica. Problema grave y urgente porque la obstrucción impide la salida de gases ruminales, la vaca empieza a inflarse, los ijares se rellenan, el diafragma se presiona con el rumen y si no actúas con la punción del rumen o con la extracción de cuerpo extraño, la vaca muere rápidamente.

--Joder Enrique, pues coge el punzón y en el lado izquierdo, cuatro dedos por detrás de la última costilla, se lo clavas para que vaya saliendo el gas del rumen y mientras tanto, yo voy llegando.

--Pero si la vaca está dentro del pozo.

- ¿Dentro del pozo? ¿Como que dentro del pozo?

- Que sí, qué sólo se le ve el lomo y la cabeza y estamos sacando agua con el motor y como no llegues pronto la vaca se ahoga...

-Venga, sigue sacando agua que voy volando

-Corre que las vacas se ahogan por el culo. Me dice el hombre y se queda tan pancho.

Es una creencia generalizada. Los ganaderos piensan que los animales de abasto si se caen en el agua, ya sea un río o un pozo se ahogan por el ano y no por la entrada de agua a través de boca y nariz.

-No te preocupes sigue sacando agua con el motor y avisa a una máquina que tenga una pala larga o a una excavadora que voy para allá...

Yo que de estudiante pensaba que en la facultad te enseñarían todo lo que te hace falta para ejercer la veterinaria y no tenía ni idea en qué tipo de libro encontraría el caso clínico llamado ¿cómo sacar a una vaca de un pozo? No creo que estuviera en enfermedades infecciosas ni e parasitarias, tampoco creo que estuviera en la rama de patología médica ni quirúrgica. Pensándolo bien, seguro que si no estaba en el libro de James Herriot no estaría en ningún otro.

El pozo tenía unos diez metros de profundidad. La vaca era una retinta de 600 kg de cuernos astifinos y veleta...Berreaba y daba vueltas en el pozo que tenía una anilla de unos tres metros de diámetro, sus piedras estaban verdosas y resbaladizas y el agua se vislumbraba muy turbia por el movimiento del animal.

- ¿Cómo se ha caído la vaca al pozo? Le pregunté a Enrique nada más llegar.

Enrique cabreado me cuenta que bebía en un pilar cuando una compañera quiso cornearla. La vaca intentó huir, pero la compañera le embistió con fuerza sobre la anilla del pozo, levantándola en peso y echándola por encima del mismo pozo. Suerte que el pozo tenía agua suficiente porque la misma caída le hubiera provocado la muerte.

Los animales sedientos dan vueltas alrededor del pilar y del pozo y los más agresivos, los más fuertes, son los que suelen estar en primera línea. La pobre vaca, sedienta hacía unos minutos, estaba a punto de morir ahogada. Paradojas del destino.

En esto llega la máquina excavadora. El chofer se estaba fumando un puro y por la ventana salía más humo que por el tubo escape de la Caterpillar.

-Mira que llevo tiempo con la máquina, pero trabajitos de estos nunca me han tocado.

- Pues claro que no, si to me tiene que pasar a mí, si yo monto un circo y me crecen los enanos, comenta Enrique cabreado.

Otro problema, la pala sólo tenía una longitud de unos 7 metros por lo que tendría que ingeniármela para poner el sedante. Con un mono sin mangas, unas botas de agua y una jeringa cargada de Xilacina fui bajando hasta el fondo del pozo hasta que la pala no daba a más e intenté seguir por mi cuenta. Las algas, el verdín y la humedad habían formado una capa resbaladiza sobre los filos del pozo. En menos que canta un gallo, yo estaba en el fondo del pozo con la vaca. Vaca y veterinario en el agua. En ese momento, no sabía que hacer porque la vaca intentaba cornearme dando vueltas y yo agarrado a su cola daba vueltas detrás de la vaca hasta que está cansada de dar vueltas se quedó quieta y pude inyectarle en la vena de la cola el sedante. Y ahora venía lo peor: Atar la vaca para poder subirla.

Me tiraron las cuerdas. Con una caña pude pasar la cuerda por la barriga de la misma. Lo hice como tantas y tantas veces vi pesar a los cochinos en la romana. Una vuelta por detrás de los codos y otra vuelta por delante de las rodillas. La vaca estaba tranquila. Arriba oía los ladridos de mi perro y a Enrique dar voces. Atamos los cabos a la pala excavadora. Poder subirme con mucho esfuerzo y más arañazos a la misma y empezamos la tarea de subir a la vaca.

Pero ahí no quedó todo. Cuando el animal tocó tierra se acordó de sus orígenes de vaca retinta, las cuerdas se aflojaron de su barriga, empezó a berrear y pegar bufidos, dando saltos como loca y empezó a embestir a todo lo que se movía alrededor. Mientras tanto, yo estaba empapado y subido a la pala de la máquina, y miraba incrédulo lo que estaba pasando.

El animal no había comprendido la ayuda prestada. De desagradecidos está el mundo lleno.

Un camino lleno de baches

El verano de 1989 ya había decidido que quería ser veterinario, aunque realmente no fue ese verano cuando lo decidí...Con 6 años tomé la decisión cuando participé en una Cesárea de una vaca. D. José Romero Bohollo, veterinario de la finca en la que nací y mi crie junto a mis seis hermanos, tuvo que usar la cirugía para que el ternero naciera de la vaca Conejita...Aún recuerdo la impresión que me causaba la sangre pero la sensación de bienestar que me produjo sacar ese ternero vivo, tocar útero e intestinos, etc. me ayudó a tomar una decisión que me marcaría para toda la vida....Desde aquel momento tuve claro que sería veterinario...Don José, como así lo llamaba todo el mundo era una persona especial, buen veterinario y además una persona preocupada por los demás.

D. José Romero Bohollo fue junto a su mujer, quien diagnosticó estrabismo en mi hermana y en mí, y dos años más tarde a los 8 años fui operado de esa enfermedad por el Cirujano Lozano Rosa. Este veterinario, persona de fuerte carácter, comprometido con la época y con los problemas del momento (1978), fue alcalde de Benalup en la transición y hace unos años nombrado Hijo Predilecto por la Corporación municipal. Un ejemplo como veterinario del momento, fue quien despertó en mí el interés por la Veterinaria. 12 AÑOS después inicié la carrera.

Después del verano, José Manuel Guerra Román y José Antonio Ortiz Moya, (actualmente 3 veterinarios en ejercicio), y yo, decidimos partir para Córdoba con un saco lleno de ilusiones y un mundo lleno de ignorancia e inocencia.

Un accidente de tráfico marcó el inicio de la Carrera de Veterinaria. Un accidente del que salimos ilesos pero que pudo costarnos la vida. Nosotros pudimos contarle, la mula tuvo un peor final.

Era un lunes a las cinco de la madrugada, con una niebla espesa, tan densa que apenas se veía a unos metros. Era una de esas mañanas otoñales en la que partimos asustados hacia una aventura sin igual. Con 18 años, nacidos en un pequeño pueblo de 4000 habitantes, tres jóvenes de clase media baja abandonan el campo para intentar labrarse un futuro mejor. Eran otros tiempos, sin telefonía móvil, sin acceso a internet y sin miles de adelantos que hoy hace la vida más fácil a cualquiera. Ni siquiera los coches eran como los de hoy...Sin aire acondicionado, sin airbag, sin frenos ABS....Nuestro Renault 6, color rojo, matrícula Ca-7872-T conducido por mi hermana Juana María circulaba entre la niebla cercano a San José de Malcocinado cuando una mula negra salió de la cuneta en menos de un segundo. Ni el volantazo ni el frenazo evitaron el accidente. La cabeza de la mula rompió la luna delantera y entró a través del parabrisas arrancando el techo del vehículo. La frente de mi madre, que iba sentada de copiloto quedó marcada para siempre por una herida. Los cristales del parabrisas se clavaron en nuestra cara y lo que era el principio de un futuro destinado a salvar vidas de animales se convirtió en un desastroso viaje en el que la mula con el cuello roto y el gañote abierto se desangraba en la cuneta mientras nosotros volvíamos camino del ambulatorio, más asustados que nunca y con esa sensación de dudas con respecto a nuestro futuro.

Un mal principio porque sin ni-siquiera pisar la Facultad de Veterinaria fuimos responsables de la muerte de un animal. Hoy nos reímos de la historia, pero en aquellos momentos este acontecimiento marcó el inicio de la carrera, ya que una semana más tarde, las historia, habían comenzado y éramos tres rácanos de pueblos, asustados y tristes en una Córdoba demasiado grande para nuestra corta andadura en la vida...

Una mula que da su última carrera y nosotros empezamos que empezamos la nuestra...Un mal inicio para tres compañeros ilusionados con salvar vidas. Un tropiezo en el camino.

Juan Moreno de la Espada

Brujas en el jardín

Eran las doce del mediodía, mañana apacible de verano en la que el viento de poniente aparece tímidamente para aliviar el sofocante calor. María señora octogenaria de aspecto desaliñado pero alegre y vivaracha que deja escapar optimismo desde que comienza el día, anda intentando arreglar de buena gana su selvático jardín, donde se entremezclan jazmines con madreselvas, geranios y ficus en un desorden difícil de discernir. Y es que desde que enviudo se le fue de las manos, a pesar de su empeño diario de cuidarlo, su edad y la frondosidad de las plantas se lo impiden. Su precaria economía no le permite tener jardinero, pero nada de eso le borra esa sonrisa perenne que le resta incluso años. Teddy, su perro lanudo con más cruces que talla, hace rato que no aparece y eso hace sospechar a María de que algo anda tramando, o está hurgando en la basura o haciendo agujeros en el jardín de Berta, su eterna vecina, viuda también de menor edad pero de carácter serio y seco y de apariencia imperturbable, detallista y ordenada sin límites tiene un jardín de aspecto palaciego del que cuida con esmero Tomas, su fiel jardinero, que acude a diario a mimarlo sin escatimar esfuerzos. Berta no es muy amante de los animales pero tiene un amazonas de frente azul que le regalo su hijo mayor, militar como su padre de uno de sus viajes al nuevo continente. Douglas, que así se llama el ave, es simpático y parlanchín y al igual que su dueña, odia a Teddy, la primera porque le hace agujeros en el jardín y por qué no cesa de ladrarle ante los incesantes gritos de pavor ante semejantes ladridos.

María llama a Teddy temiéndose lo peor y este aparece con esa mirada ingenua y el rabo entre las patas dando sutiles sacudidas y con algo en la boca que deja caer en los pies de la dueña. Casi se cae de un síncope cuando vio lo que había dejado caer Teddy, entre babas y tierra yacía el cuerpo inerte de Douglas. Menos mal que Berta no llegaría hasta bien entrada la tarde, así que lo primero que se le ocurrió fue lavar el cuerpo del ave e ir con más pánico que disimulo y depositarlo en la jaula, que estaba con la puerta abierta en el porche. Le extraño no ver el habitáculo forzado, pero ante los nervios del momento solo pensó en meterlo dentro y cerrar la puerta para simular la muerte del animal ante la llegada de su dueña. María paso todo el día deambulando por la casa presa de los nervios, maldiciendo al canido y temiendo la reacción de Berta.

Serían las 7 de la tarde cuando llego Berta dando horrorizados gritos e intentando contar a su querida amiga lo que acababa de ver. María intentaba disimular sin éxito su nerviosismo, y Berta decía con voz entrecortada y temblorosa que había brujas en su casa porque Douglas había amanecido muerto en la jaula, Tomas lo

había enterrado en el jardín y ahora a su regreso, el animal, aun estando muerto, había salido de la tumba y había regresado a su jaula y cerrado la puerta. En ese preciso instante la escena tomo otro cariz cuando María empezó a reír a carcajadas ante la mirada insólita de su vecina que no podía creer la actitud de esta. Pasaron varios minutos hasta que María pudo contener la risa y contar ya más relajada lo ocurrido. Ambas terminaron tomando un café y riendo ante tan insólita historia que, aunque increíble es cierta y que me cuenta con mucha gracia y desparpajo María cada vez que viene a la consulta con Teddy.

Avances en fisiología respiratoria

A principios de los 90 con la ilusión y ganas del que empieza a trotar por esta profesión con un Citroën visa, una bombona de inseminar, que me vendió el compañero Eduardo Sánchez, un botiquín más bien escaso pero funcional y el instrumental precio para cesáreas, ruminotomías y castraciones, recorría esos caminos agrestes y solitarios que conducían a las pequeñas explotaciones de vacuno de leche típicas de este rincón de la provincia con esa fisionomía tan peculiar y ese olor característico. Chapas de bidones clavados sobre palos de eucaliptos con algún trozo de muro medio terminado y empalizado exterior como parque, basta oír la canción del Koala que lo describe como nadie. Recuerdo que era un día lluvioso, como diría mi abuelo, de esos días que venían antes y que ya no se ven, y me disponía a inseminar una vaca en una de esas pequeñas explotaciones, que por el número de cabezas no les rentaba tener un toro. Al llegar me quedé un rato en el coche por el temporal, pero viendo que no había señales de vida en los alrededores, decidí bajarme y con andar rápido pero firme para no resbalar me dirigí a la casa que tenía la puerta abierta. Entre casi volando pero totalmente mojado asustando a los gatos legañosos que dormitaban en el viejo sofá lleno de plásticos decidí bajarme de botellas de refresco de dos litros para el envase de leche, paredes llenas de telaraña sin más decoración que un almanaque de chicas de escaso atuendo ,donde se anotaba con una cruz el día de cubrición de las vacas .Mesa redonda en el centro con hule maltrecho y descolorido donde no cabía un tiesto :botellas, jarrillo de plástico de medio litro para medir la leche, restos de pan del desayuno ,navaja ,el cántaro del agua y dos mil moscas haciendo un sinfín de piruetas .Estuve allí unos minutos intentando sin éxito de secarme de esa mojada y recobrar el aliento para luego llamar a voces al desaparecido vaquero, aprovechando un leve amaine del implacable viento ,Salí de aquel cubil resguardándome con las paredes y conseguí llegar a la parte trasera donde puse toda mi fuerza para lanzar un grito ensordecedor que espanto a los empapados gorriones que alicaídos picoteaban restos de pan mojado por la lluvia ,tras un par de voces pude oír alaridos confusos y lejanos que me hacían pensar que algo no iba bien. Me apresuré cuanto pude dirigiéndome a los bajos de la finca donde transcurría un canal de riego en desuso pero que seguía llenándose de agua sobre todo en épocas de lluvia, eran canales de hormigón y de una profundidad que casi cubría a una persona de estatura media, cuando estaba muy próximo al canal pude comprobar que las voces procedían del mismo agua. La imagen que pude ver cuando me asome al borde no es creíble por muy bien que la describa, si no es vista .Era una señor de unos 40 años con la piel que no cubre la ropa curtida por el sol y el resto del cuerpo blanco como la leche ,se había preocupado de quitarse la ropa antes de lanzarse al agua y la única prenda que llevaba eran unos calzoncillos de esos que llegan a la rodilla y que solo vi a mi octogenario abuelo, y la gorra, eso si la gorra que creo que solo dejan en casa el día que van a la O.C.A a por las guías ,con una mano se aferraba a duras penas al borde del canal y en la otra mano tenía la cola de un ternero frisón de unos 8 o 10 días que levantaba todo cuanto podía, lo que hacía que el animal hundiera la cabeza en el agua, en cuanto me acerque agarre la mano libre para sacarlo y le dije que aflojase la cola del animal que así lo que conseguía era hundir la cabeza y ahí fue cundo todos mis conocimientos de fisiología de la respiración fueron aniquilados por cuatro palabras dichas con esa sonrisa socarrona e incrédula ¿Y tú eres Veterinario? ¿y tu no sabes que las vacas se ahogan por el culo? No sabía si reírme o llorar, pero lo tuve que volver a preguntar porque no me creía lo oído, lo decía con el convencimiento propio del saber popular, de lo transmitido de generación en generación de boca en boca y que por mucho que lo intentes jamás podrás convencerlo de la realidad.

Contra viento y marea

Se puede pensar que definir como aventura el formarse y convertirse en veterinario es una forma romántica, bucólica o ñoña para llamar la atención sobre algo que se considera muy serio; sin embargo, permítanme afirmar algo de lo que estoy completamente convencido: Esta seriedad, y el rigor con que se aplica en el momento que estamos llevando a cabo cualquier acción académica o profesional en el ámbito de la veterinaria, en la mayoría de las ocasiones, va acompañada de algún hecho o anécdota, de la naturaleza que sea, que a lo largo de los años tienen un efecto sumatorio conformando lo que, a todas luces, considero una aventura personal.

Lo que me dispongo a relatar transcurre en un momento de mi vida en la que tuve que emigrar fuera de nuestras fronteras andaluzas en busca de trabajo, más concretamente a tierras gallegas: Campañas de saneamiento de la cabaña ganadera de Galicia, ese era el motivo laboral que me llevó de una punta a otra de España. Al llegar allí, se me asignó zona geográfica y compañero. De la zona solo diré que me correspondieron diferentes puntos de la costa coruñesa (maravillosa, por cierto; muy recomendable de visitar), pero si tengo que remarcar algo de mi periplo gallego y destacarlo con mayúsculas es la suerte que tuve con el compañero designado: Quino, un vallisoletano afincado en Galicia, familiar y profesionalmente. Tras casi once años de conocernos, la amistad que entablamos hoy perdura a pesar de los kilómetros de distancia; entre otras razones porque los escasos cuatro meses que nos tocó compartir el trabajo, supusieron un suceso continuado de experiencias que todavía guardo en mi memoria como algo imborrable.

El trabajo en general era rutinario, uno de nosotros se encargaba de la extracción de sangre y el otro cumplimentaba los documentos a la vez que comprobaba la correcta identificación del animal (vacas u ovejas principalmente). Decidimos hacerlo por turnos, cambiando las funciones entre una granja y la siguiente.

En eso estábamos, cuando cierto día llegamos a una finca donde solo encontramos una pequeña casa recia de muros de piedra, y adyacente a ella, separada unos pocos metros, una construcción de bloques de hormigón que se asemejaba a una minúscula cuadra. Tras varios intentos a voz en grito de que alguien nos atendiera, apareció, todavía no sé de dónde, una figura encorvada, revestida totalmente de negro y con la cabeza cubierta por un pañuelo del mismo color. Por la vestimenta dedujimos que era mujer porque en el tiempo que estuvimos por allí casi no nos dirigió la palabra, solo eran gruñidos y gestos sin lógica aparente. Por mucho que lo intentamos solo pudimos sonsacarle un escueto:

- La vaca allí -, a la vez que señalaba con el dedo el pequeño “bunker” de hormigón.

No nos podíamos imaginar como en esas reducidas dimensiones podía caber la vaca frisona que teníamos que sanear, pero más sorprendente fue observar a través de un pequeño ventanuco por donde se veía a duras penas la cabeza del propio animal, que estaba inmerso en un auténtico lodazal de purines y otras sustancias de difícil identificación que le llegaban casi a la altura de las ubres. Inenarrable.

Reconozco que en aquel momento respiré de alivio porque según nuestro acuerdo laboral el turno de sangrado le correspondía a Quino. La simple idea de meterme en ese fango movedizo, por muchas botas y mono de trabajo que tuviéramos, me revolvía el estómago. Entre ánimos jocosos por mí parte, Quino se introdujo en la cuadra no sin antes acordar que debido al reducido espacio que existía entre los cuartos traseros del animal y la pared (no exagero nada si digo que no llegaba al metro de distancia), que provocaba una difícil maniobra para la extracción de sangre del rabo, yo me encargaría de tirar un poco hacia delante de la vaca, a través de la ventana, mediante una cuerda atada a la cabeza

Tras varios ¡chof! ¡chof!, señal de que mi compañero se acercaba a su objetivo, se dirigió hacia mí gritando:

- ¡Tira ahora y aguántala!

Lo que sucedió a continuación todavía es difícil de explicar, pero no sé a cuento de qué, la señora se agarró a mi brazo, tirando, y con los mismos gruñidos incomprensibles con la que la conocimos. Estupefacto, solo podía alcanzar a decir, mientras me fajaba con ella:

- ¡Señora! ¡Señora! ¡Suélteme!

El resultado es que el pobre animal se asustó, reculó y aprisionó a Quino contra la pared. En ese breve espacio de tiempo lo que se escuchó desde el interior de la caverna que hacía las veces de cuadra se asemeja a lo siguiente:

- ¡Aaaahhhh! ¡Me cag... ¡Chooof!

Inmediatamente solté la cuerda y me dirigí hacia la puerta de madera de entrada, pero antes de llegar ésta se abrió hacia fuera con un chirrido, surgiendo de detrás de ella un ente con los brazos en cruz y completamente cubierto de detritus, sin alcanzar a vislumbrarse ninguno de sus rasgos faciales. A pasos cortos e inseguros se me acercó sin bajar los brazos, preguntándome:

- ¿Cómo estoy?

Lo único que se me ocurrió ante tal pregunta y la imagen que se presentaba ante mis ojos fue el quitarle las gafas, limpiárselas un poco y manteniendo a raya las carcajadas que me sobrevenían, decirle:

-Mírate.

Suerte que Galicia es una tierra rica en arroyos, porque de no ser así les aseguro que nuestra jornada laboral habría terminado en ese momento por razones obvias, pero lo verdaderamente importante es el temple y saber estar que mantuvo mi amigo y compañero Quino, pues cuando salió de ese infierno de fango portaba en una de sus manos, con el máximo mimo posible, el tubo de ensayo con la muestra sanguínea extraída e intacta, algo que hoy día todavía considero como un milagro y que demuestra que un veterinario cumple con sus tareas contra viento y marea.

Pilar Camacho Luna

Nativo

¿Qué hubiera pasado si ese bultito nunca hubiese aparecido bajo su piel, o si nadie hubiese reparado en él? Planteándome de nuevo estas preguntas, un sabor amargo y pastoso se apodera de mi paladar, trayendo consigo el recuerdo del caballo. Vuelve a mi cabeza la imagen del imponente semental. Seiscientos kilos de nervio y brío, de capa castaña y largas crines, desordenadas hasta ocultar por completo sus ojos negros; esos ojos que tanto me contaron y que me persiguieron en sueños, atormentándome hasta que decidí apartarlos para siempre.

Parece que fue ayer cuando llegó al hospital en un camión pintado de verde, una mañana de verano. El vehículo descendió por la rampa, y, cuando al fin se detuvo, escuché como relinchaba mientras hacía temblar el camión con sus zarandeos. Alfredo, el tratante, descargó a los animales y los amarró a las anillas de la pared color vainilla. En último lugar: Nativo. Su pelo brillaba bajo el sol, y su hocico oteaba el aire. Dirigía las orejas y la mirada curiosa hacia todo lo que descubría, mientras elevaba alternativamente manos y pies, inquieto. Cuando me acerqué, él pareció relajarse. Tras estudiarme detenidamente, resopló resignado despeinando mi melena, para luego sumirse en la ardua tarea de desanudar el ramal de rafia. Aproveché para examinar el bultito. Era pequeño pero visible, y tratándose de tan hermoso animal, parecía razonable hacer algo al respecto. Lo palpé y observé que no le dolía. La masa era dura como el hueso, pero se movía entre mis dedos con el resto de la piel. Miguel, mi jefe, también lo exploró, y decidimos radiografiar la extremidad para conocer el alcance de la lesión. La imagen, además de corroborar la insignificancia de la masa, desvelaba otro hallazgo inesperado: un pequeño fragmento de hueso se había desprendido de su falange y aparecía como una diminuta mota blanca en la articulación de su menudillo.

Tras largo rato estudiando los andares del caballo y la radiografía sobre la pantalla plana de su ordenador, Miguel hizo pasar al tratante a su despacho. Le explicó que ese trocito de hueso hallado por casualidad en el pie de Nativo, no le afectaría en absoluto, por lo que aconsejaba extirpar el bultito detectado al principio y ahorrarle al caballo una segunda cirugía innecesaria. Realizamos la intervención y todo fue según lo previsto. Esa tarde Nativo volvía feliz a su gran cuadra con vistas al Mediterráneo.

Dos días más tarde, me dirigí a primera hora a su cuadra y le retiré el vendaje. Observé que la piel suturada había cedido debido a la tensión y dejaba al descubierto una pequeña zona de tejido brillante y rosado. Podríamos haber enviado a Nativo a casa como estaba previsto, pero la precaución nos hizo sugerir que permaneciera ingresado unos días más. Dada la inevitable convalecencia de Nativo, el tratante decidió aprovechar la circunstancia para que su caballo fuera intervenido por segunda vez, y eliminar así el fragmento de hueso de su articulación, por si acaso.

Yo no creo en el destino, siempre he pensado que cada uno lo marca con las decisiones que toma. Pero sí creo en la suerte, que en ocasiones interfiere, inclinando la balanza hacia un lado u otro, para bien o para mal. A Nativo la mala suerte parecía habérsele cruzado en su camino. Seguramente no tomamos la decisión más acertada, y se evidenció cuatro días después de la cirugía.

Esa mañana entré a su box temprano y percibí algo extraño: Nativo, al verme, en lugar de dar un respingo y ponerse en pie, se incorporó sólo a medias, y a duras penas emitió un gemido mientras su mirada angustiada parecía decir: “Me duele...” Cinco minutos más tarde el equipo veterinario al completo confirmábamos nuestros temores: la articulación de Nativo estaba infectada y su pie aparecía inflamado y dolorido.

Los días pasaron y, pese a las sucesivas intervenciones y nuevos tratamientos, observábamos impotentes cómo Nativo empeoraba según la infección se expandía, haciendo el dolor insoportable para él y para quienes lo contemplábamos. Tras varias semanas de esfuerzo en vano, una única solución parecía flotar en el aire. Cuando Miguel planteó al tratante la posibilidad de un sacrificio humanitario que acabara con el sufrimiento de Nativo, éste no quiso ni oír hablar del tema. Era su mejor caballo, le debía mucho.

Nativo pasó dos meses tumbado al fondo de su cuadra, sin levantarse más que lo imprescindible, sin que yo pudiera hacer nada más que paliar su dolor con analgésicos cada pocas horas, darle el heno con mis manos y trenzar sus largas crines para sofocar el calor. Durante la noche me despertaba para atenderle y medicarle. Cuando tenía fiebres altas, casi siempre de madrugada, llenaba un cubo de agua con hielo, cogía un par de toallas y una vieja banqueta de madera, y me sentaba a su lado paciente, empapando las toallas en el agua helada para luego colocarlas en su cuerpo sudoroso y caliente hasta que la temperatura le permitía descansar.

El día en que el tratante, resignado, consintió entre lágrimas la eutanasia del caballo, nadie podía recordar en aquel animal débil y huesudo al mismo semental fuerte que un día apenas cabía en esa misma cuadra.

Entré en su box por última vez, con la jeringa letal cargada en mi mano y, para mi asombro, Nativo se puso en pie, a pesar de que ya apenas era capaz de hacerlo. Parecía saber lo que le esperaba, me sentí egoísta y miserable.

Alguien acudió en mi ayuda y sostuvo con decisión la cara del caballo. Nativo aún tuvo fuerzas para girarse a olfatear mi pelo, y resopló revolviéndomelo. Mientras mi aguja se introducía lentamente en su yugular, se quedó inmóvil, como anhelando el momento. Entonces me dirigió su mirada por última vez, con una expresión que nunca olvidaré y que me consoló en mis sueños: una mirada de paz. Mientras empujaba el émbolo de la jeringa, y le susurraba entre lágrimas “lo siento”, sus ojos negros, inundados con una nueva luz, parecían decir “gracias”.

Ander Manez Ciganda Prat

Pavlov y las bestias, no tan elementales

Pavlov, así me llamaban en la facultad, porque siempre estaba con la cantinela de que ese tipo de experimentos no cuentan con el parámetro inherente de que los animales piensan.

Yo sé que ellos piensan, puedo leer sus pensamientos. Ésta es una característica que me diferencia del resto de los humanos, así como también mi gran tendencia al despiste, la fantasía, y que a pesar de todo siempre vuelvo a enamorarme.

Todo esto, gracias a que mi padre fuera un extraterrestre proveniente, según dijo a mi madre antes de partir de vuelta a su hogar, del sistema llamado por los terrícolas Alfa-35 H, pero dejaremos eso para otro momento.

Claro que el problema está en que, yo los entiendo a ellos; pero ellos no me entienden a mí.

Y así, mientras trato de hacer ver a esta fiera felina, que no deja de advertirme que no me acerque a él subiéndose por las paredes o agazapándose contra las esquinas con las orejas hacia atrás, que no quiero hacerle daño y que estoy tranquilo, me vienen recuerdos de mis comienzos en el oficio.

Año a trabajar en el campo, mano a mano con los ganaderos, el llegar hasta las granjas en medio de la inmensidad de los campos y los bosques sorteando los baches y las piedras de los caminos.

Las copiosas meriendas en los caseríos viendo como un hombre del campo hecho y derecho se deshacía en lágrimas por haber salvado a su querida "Robustiana" de un prolapso uterino.

Aquellas revisiones interminables, muchas veces hundido en la bosta hasta por encima de las botas de goma, introduciéndome respetuosamente dentro de aquellas señoras tratando de palpar los ovarios y sus estadios, o el desarrollo de sus pequeños. Ellas nunca respondían a mis preguntas, sólo sugerían cosas como "déjame rumiar tranquila", o "no quiero levantarme".

Algo que no olvidaré jamás...aquellas miradas de reproche de una señora parda de ocho años, a la que reprendí con fuerza cuando me había dado una inocente patadita en la rodilla, porque trataba de sujetarla para que mi compañero procediera a la inspección. Su compañera la consolaba lamiéndole el costado mientras ambas me miraban inquisitivamente, compungidas.

El hecho de que comprendiera mejor a los más pequeños, miembros peludos de las familias humanas. Y las palabras de mi mentor diciéndome: "Tal y como están las cosas en el campo, creo que harás mejor vida dedicándote a las mascotas", tras un durísimo fin de semana que no paré de salir una y otra vez, y en el que casi acabo cogiendo una neumonía, hicieron que me trasladase a un hospital.

La pena de no hacer entrar en razón a pequeños moribundos de que debían ayudarme a hacerles salir adelante, era superada con creces por los agradecimientos de propietarios y mascotas cuando todo salía satisfactoriamente. Y en éstas he seguido...

Como aquella otra situación que me marcó cuando, en la gran ciudad, un soleado domingo por la mañana, recibí una llamada de socorro. Desesperada, una mujer de noventa y tantos años me pedía auxilio; necesitaba que la librase de un fiero gato "encelado" que la tenía arrinconada desde hacía ya un día. El dinero que pudo ofrecerme no llegaba ni por asomo a lo que debían ser mis honorarios, pero no pude dejarla en ese estado.

Lo que me encontré era peor de lo que había imaginado. En una pequeña y desvencijada casucha de las afueras, cuyo interior no olía mejor que un gallinero, una diminuta y delgadísima anciana me abrió la puerta.

Junto a una silla como de escuela había dos palanganas y una botella de agua. Al parecer el gran macho, debido a que una bella gata blanca estaba en celo, no la dejaba ir hacia el baño y tuvo que hacer las necesidades, allí mismo. Lo peor fue cuando me enseñó el apósito que tenía en la pantorrilla. Según me dijo, la noche anterior tuvo que ir al hospital a que la curasen tras recibir dos violentos mordiscos del temible felino. La imagen de aquella pierna herida, no más gruesa que tres dedos de una mano, me estremeció.

Cuando volví con un gran trasportín para llevármelo, unos diez gatos que no había visto antes se apresuraron a esconderse en distintos sitios. Al rato, un gran gato gris plateado mirándome desafiante con su único ojo azul; cruzó la estancia como una exhalación, para subir por las escaleras al piso de arriba. Supe que era él.

Tomando una buena manta ajada y llena de pelos que la señora me cedió, y con un grueso guante en mi mano izquierda subí las escaleras con cautela. El felino quiso amagar que saltaría por encima de la baranda hacia abajo, pero me adelanté y lo atrapé cuando trató de pasar por delante mí. Entre rugidos, maullidos y amenazas "como te pille verás, como te pille verás", conseguí meterlo en el trasportín, tan grande como para un mastín. Aún recuerdo sus formidables garras atravesar la gruesa manta en busca de mi carne.

El trato era llevármelo para "dormirlo" en la clínica, pero no pude sino soltarlo en una zona industrial abandonada donde sería el terror de las ratas y Don Juan de las gatas. Satisfecho, vi cómo se alejaba vacilante, pero con porte de un gran tigre en miniatura, entre las doradas hierbas altas.

El caso del -lindo gatito- "Ginger", que ahora me ocupa, es algo distinto, no da el brazo a torcer y tengo la recepción llena. El pobre anda peleándose siempre y tiene un enorme absceso en el carrillo, con lo que me está llenando la consulta de pus y sangre. No sé cómo pude dejarlo escapar, .si es que después de tantos años uno sigue confiándose... Tendré que ir a por los guantes y una manta.

- ¡Margarita; cárgame ceroséis de medetomidina, por favor!

Rafael Fernández Ruiz

Tengas juicios y los ganes (la maldición gitana)

ACTO PRIMERO

La llamada me fastidió un poco. Era sábado por la tarde, víspera de un puente y estaba tranquilito en casa, descansando. La semana había estado muy lluviosa, todo era barro y charcos, pero, sorprendentemente, el sábado había amanecido soleado, con un tiempo muy agradable que invitaba a cualquier cosa menos a trabajar.

-Dígame- dije al descolgar el móvil

-Rafael, ¿puedes venir a ver un caballo con un "dolor"? - soltó de sopetón una voz desconocida para mí

- ¿Y tú quién eres?

-Soy Pedro Ortega, el hijo de José Luis.

Ya me situé. No eran clientes habituales míos y no tenían muy buena fama en la zona. Eran unos liantes...

- ¿Qué problema hay?

-Tengo un caballo con un cólico. ¿Puedes venir? Está en las cuadras que tenemos en la vega.

-Pedro, en media hora como mucho estoy allí- y colgué.

El trayecto no fue muy largo. Vivo relativamente cerca de ese sitio, y de no haber sido por el barro del carril, hubiera llegado mucho antes. Iba con la incertidumbre de saber qué me iba a encontrar. Hay cólicos que se resuelven en veinte minutos y otros tardan tres días...

-Buenas tardes, Pedro. ¿Dónde está la avería?

-Aquí fuera, en el picadero. He llegado hace nada y me he encontrado la yegua así. Fíjate.

Lo que vi hizo que se me cayera el alma a los pies. Este caso iba a ser de los rápidos. En un picadero con un gran charco central a modo de laguna, estaba tirado un caballo que probablemente había sido tordo, pero ahora era marrón sucio de haberse revolcado en el barro. Tenía la cabeza en el agua, casi ahogándose, con los ollares muy dilatados tratando de poder respirar. Y no se movía. De no ser por los esporádicos movimientos del tórax, hubiera dicho que estaba muerto.

- ¿De quién es el caballo? - pregunté.
- Es de Luis, pero le he llamado al móvil y a su casa varias veces y no lo coge.
- No, lo digo porque esto es evidente que tiene muy mala pinta...-dejé caer.
- Ya lo veo- dijo Pedro- Pero tú haz lo que tengas que hacer.

La exploración fue rápida. Hipotermia. Falta de pulso. Imposibilidad de levantarse o ni tan siquiera moverse. Y, sobre todo, esas mucosas cianóticas que te dicen que todo ya se acabó...En fin, que el pobre animal estaba más muerto que vivo.

- ¿Desde cuándo está así la yegua?
- No lo sé. Cuando he venido esta tarde es lo que me he encontrado...
No quise indagar más. Debía poner fin al sufrimiento del pobre animal.
- Esto no tiene solución. Hay que sacrificarla. ¿Y el dueño?
- Ya te he dicho que no logro localizarlo, pero ponle la inyección. Yo me encargo de explicarle cómo estaba la cosa.
En cinco minutos terminó todo. La yegua parecía que estaba deseando que se pusiera fin a su sufrimiento.
- ¿Qué te debo? Hazme un recibo para el dueño, por favor.
- Por supuesto- le dije mientras me lavaba las manos- Me hubiera gustado poder haber hecho algo más, pero ya has visto. Era imposible.
- Sí, sí. Estaba claro...
Y así quedó la cosa.

El martes siguiente estaba pasando consulta en la clínica cuando se presentó un tipo un poco raro. No llevaba perro.

- ¿Rafael? Soy Luis. ¿Usted vio un caballo el sábado en la cuadra de Ortega?
- Sí. Estaba agonizando por un cólico y no me quedó más remedio que sacrificarlo... ¿No se lo ha dicho Pedro?
- Sí, me lo explicó, pero yo venía a ver qué había pasado y si me podía hacer un certificado para el seguro.
- Sin problema. Pedro me dijo que le había llamado, pero no pudo encontrarle. Y la verdad es que no dio tiempo a que pasara nada. Cuando llegué, la yegua estaba tirada en el picadero, con la cabeza en el charco y estaba ya agonizando. No se podía hacer nada.
- Bueno, la verdad es que lo lamento- dijo Luis- Era una yegua muy noble y muy bien domada...
- Sí. Pero ya se sabe, cuando un cólico viene por derecho, se lleva por delante a un caballo antes de lo que uno cree. Así son las cosas...
Le hice el certificado explicando los motivos de la eutanasia, nos dimos un apretón de manos y se fue.

ACTO SEGUNDO

Al llegar a la clínica me encontré encima de mi mesa una citación del Juzgado de La Línea. No me preocupó mucho. Probablemente sea otra peritación- pensé mientras leía el papel.

- Buenos días –saludé al entrar en el Juzgado- Vengo por esta citación. ¿De qué va esto?
- Buenos días. ¡Ah, sí! Usted es el veterinario. Nada, un señor que le reclama dos millones de pesetas por la muerte de un caballo- dejó caer...
- ¡¡¡¡COMOOO!!!
- Sí, pero no se preocupe, tiene diez días para presentar sus alegaciones- dijo tratando de tranquilizarme al ver la cara que se me había quedado.
- Pero....
- Nada, nada. Usted búsquese un abogado, presente aquí mismo sus alegaciones y ya saldrá el juicio.
Salí mareado del edificio de los juzgados. ¡No entendía nada!

Cuando pude tranquilizarme, leí con avidez la demanda. Era Luis quien casi un año después, me denunciaba por negligencia y me reclamaba dos “kilos” por aquel penco. ¡No me lo podía creer! Tardé en reponerme del shock, pero no me quedó más remedio que reaccionar: tenía que espabilarme y organizar la defensa. Aparte del dinero, me jugaba mi conciencia personal y mi reputación profesional. Mil veces que tuviera un caso parecido, mil veces que actuaría igual...

- Lo primero que necesito es buscarme un abogado. Luego tengo que hablar con Pedro, el de la cuadra, para que testifique lo que pasó. Además, necesito testimonios de compañeros que demuestren que, en un

caballo con cólico, a veces no se puede hacer nada y el animal o se muere o hay que sacrificarlo. ¡Ah! Y tengo que tirar de currículum para demostrar mis conocimientos de caballos. - las ideas se me agolpaban en la cabeza.

Nunca había tenido ningún tipo de relación con la justicia. La situación era nueva para mí y he de reconocer, que, en los siguientes meses, logró quitarme muchas horas de sueño.

-Buenos días, Pedro. ¿Te acuerdas de aquel caballo que tuve que sacrificar en tu cuadra hace un año por un cólico? El dueño me ha puesto una demanda reclamándome el valor del caballo. En aquel momento sólo estábamos tú y yo en la cuadra, y los dos sabemos lo que pasó allí ¿no?

-Hola Rafael. ¡No me digas! No te preocupes. Está claro que ese caballo había que sacrificarlo. No cabe la menor duda. ¡No me puedo creer que te hayan denunciado por eso...!

- ¿Tu declararías en el juicio lo que pasó? –pregunté cruzando los dedos...

-Por supuesto. La verdad sólo tiene un camino –dijo en plan filosófico- y yo me visto por los pies.

Creo que el respiro de alivio que di se debió oír en toda la comarca. Indudablemente, el testimonio de Pedro era crucial en los planteamientos de mi defensa.

Alberto se portó como todo un tío. La verdad es que mi trato con él había sido esporádico. Una cesárea a una yegua, algún cliente común y poco más. No sabía si llamarle o no. Alberto era especialista en caballos y uno de los primeros veterinarios de Andalucía que empezó a operar cólicos, y con mucho éxito, por cierto. Era el veterinario jefe de una institución tan prestigiosa a nivel mundial como la Cuadra de Caballos Bailarines de Cádiz.

-Alberto buenos días. Soy Rafael ¿te acuerdas de mí?

-Claro que sí, Rafa ¿Cómo estás?

-Mira, tengo un problema y te llamo por si me puedes echar una mano –empecé a contar...

-Por supuesto. Cuenta conmigo para lo que haga falta. Y si hay que ir a juicio, testificaré a tu favor. Es evidente que te han planteado una encerrona. Ya sabes, debemos ayudarnos entre nosotros porque si no, nos acabarán comiendo.

-Muchas gracias. Lo más que puedo hacer es invitarte a comer ese día. Y ya sabes... ¡te debo una!

El panorama se me iba aclarando. Mi abogado estaba también contento. Los testimonios de Luis y de Alberto serían importantes. Además, cuando tiré de currículum y saqué a relucir cursos y publicaciones de caballos, creo que se quedó convencido que realmente estaba hablando con alguien que sabía del tema.

-Mira también soy el perito veterinario para caballos de Seguros El Infinito. Me dedico a peritar el valor de un caballo antes de asegurarlo para vida y a ver casos de cólicos.

-Entonces...Tú en este tema estás puesto ¿no?

-Ricardo. Y te lo he dicho antes. Mil veces que viera un caballo en esa situación, mil veces que actuaría igual...

El último testigo que me busqué fue Alejandra. Alejandra trabajaba en la clínica desde hacía ya tiempo. Ahora estaba de baja porque había tenido una niña preciosa, pero en cuanto le comenté mi problema, me apoyó de inmediato.

-No te preocupes Rafa. El día del juicio me avisas y yo voy a declarar. ¡Por supuesto que los caballos se mueren de cólico! Y más de uno hay que sacrificarlo. Hay que ver cómo es la gente. ¡Qué cara le echan algunos...!

-Muchas gracias, Alejandra. El abogado te preguntará sobre caballos y cólicos, así que ya sabes, prepárate un poco el tema.

-Allí estaré. Conociéndote, seguro que llevas más de una noche sin dormir a cuenta del juicio.

-No te puedes hacer ni idea del trago que supone esto...

-Seguro que sale todo bien- y colgó el teléfono

Por primera vez en los dos últimos meses, respiré tranquilo. Y creo que hasta dormí toda la noche sin despertarme ni soñar con caballos muertos...

ACTO TERCERO Y CONCLUSIÓN

Estaba nervioso. Mi primera visita a un juzgado y encima iba como imputado. Para colmo Alejandra me había llamado el día anterior “cayéndose del cartel” con una excusa de lo más peregrina.

-Buenos días, Alberto. ¿Has tenido problemas en llegar?

-Hola Rafa. No, he llegado bien. ¿Cómo estás? ¿Nervioso?

-Como un flan- confesé- A pesar de estar seguro de lo que hice, todavía estos sinvergüenzas pueden ganar el juicio.

-No te preocupes, seguro que todo sale bien- dijo tratando de darme ánimos.

Yo estaba preocupado. Pedro todavía no había aparecido y lo peor es que no contestaba tampoco al teléfono. Y entonces le vi. Allí estaba Enrique, el veterinario más pirata de toda la comarca. ¡Y seguro que iba a ser el perito de la parte denunciante!

El juicio ya había empezado. La abogada acusadora intentaba liarme con sus preguntas, pero creo que salí airoso del trance.

Empezó a declarar Luis, y a medida que hablaba, mi indignación iba en aumento... ¡Cómo se podía ser tan mentiroso!

-Y dígame, ¿Cuánto tiempo tardó usted en llegar a la cuadra después de que Pedro le llamara? - preguntó su abogada.

-En cuanto me llamó Pedro salí pitando. No tardé ni media hora en llegar, y este señor ya había matado mi pobre caballo. ¡Seguro que se hubiera podido hacer algo por él!- dijo compungido....

-Ya. Y este señor ya se había ido ¿no?

-Sí, sí. Ya lo había matado y se había ido. ¡Seguro que ni se molestó en mirarlo!

Me costó trabajo contenerme. ¡Qué mentiroso! ¡Y encima Pedro seguía sin aparecer!

Alberto fue un caballero. Claro y conciso en sus explicaciones, dio una clase magistral sobre caballos y cólicos, concluyendo que, mal que nos pesara a todos, aún hoy en día, son muchos los caballos que hay que sacrificarlos humanitariamente porque no se puede hacer nada por ellos.

-El cólico en caballos, sigue siendo la primera causa de eutanasia en caballos al día de hoy-concluyó.

Le tocó el turno a Enrique. Se puso delante del juez como sólo sabe quién está acostumbrado a hacerlo y juró decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad....

-Buenas tardes. ¿Es usted especialista en caballos? -preguntó la abogada acusadora.

-Si señora.

- ¿Se mueren los caballos de cólico? ¿Cuál es su experiencia?

-Pues sí. Los caballos se mueren de cólicos. Según mi experiencia en un 65 % de los casos. El resto, con un tratamiento adecuado, se salvan -afirmó categóricamente.

Su abogada le preguntó dos o tres cosas más. Se notaba de lejos que era un diálogo preparado hasta en sus más mínimos detalles. Enrique iba respondiendo intentando dejarme cada vez más en evidencia...

-Por favor. ¿Tiene alguna pregunta el abogado defensor? -preguntó el juez.

-Sí, señoría. Buenos días caballero. Esto... ¿Usted cuando ve un caballo con un cólico qué hace?

-Hay que hacer un reconocimiento completo para ver las causas del cólico. Poner un termómetro, una palpación rectal, mirar las mucosas....

- ¿Y cuánto tarda en eso?

-Hombre, en ese reconocimiento, mínimo, mínimo treinta minutos.

-Ya.... ¿Y usted ha sacrificado algún caballo? ¿Cómo lo hace?

-Sí, alguno- Enrique pareció disfrutar con la pregunta y se dispuso a quedar como un auténtico profesional dando una conferencia ante un público muy versado en el tema- Bueno, sacrificar un caballo es complicado -empezó- Por ley hay que evitar cualquier tipo de sufrimiento, así que primero hay que poner un sedante para dormirlo antes de inyectar el eutanásico.

-Ya... -mi abogado estaba empezando a disfrutar...- Y eso... ¿Cuánto tarda en hacer efecto?

-Por lo menos diez minutos....

- ¿Y luego?

-Se le inyecta el eutanásico, que produce una parálisis muscular y...

-Vale, vale-interrumpió mi abogado- ¿Y cuánto tiempo tarda en hacer efecto?

-Hombre, por lo menos, por lo menos, de quince a veinte minutos...

-No tengo más preguntas, señoría.

Enrique se dio la vuelta dispuesto a salir de la sala. Iba muy ufano pensando que, con su testimonio, había puesto las cosas en su sitio.

No sé por qué, pero yo, estaba mucho más tranquilo. Un guiño de complicidad de mi abogado hizo que volviera a la realidad.

-Señoría –empezó a decir en las alegaciones finales- ¡No me salen las cuentas! Según ha declarado el demandante, tardó sólo media hora en llegar a la cuadra. Según el veterinario del demandante, en hacer una exploración de cólico, se tarda como mínimo media hora, más otra media hora en la eutanasia. El demandante dice que tardó solo treinta minutos en llegar, y que en ese tiempo, mi cliente había explorado el animal, le había sacrificado, se había lavado las manos, había cobrado y se había ido.... Es evidente que alguien miente. Y ese no es mi cliente....

PD: El juicio lo gané. Incluso condenaron a la parte demandante a pagar las costas del mismo. La jueza nunca se creyó la declaración de Luis...

Es evidente que todo esto es ficticio. Cualquier parecido con la realidad será única y exclusivamente fruto de la imaginación calenturienta del lector ¡¡¡Os lo aseguro!!!

Rafael Fernández Ruiz

Fabien Experton

Recordaré para siempre aquel día de octubre del 2000 en el País Vasco francés donde ejercía por primera vez como veterinario de campo. Desde aquel día no puedo pasear a mis niños en el zoo de Jerez sin sentir como los sudores fríos me recorren el cuerpo. Acababa de terminar una cesárea en una vaca Charolesa poco colaboradora cuando apenas montado el coche la secretaria de la clínica me pregunta por la radio si entendía algo de jirafas. Después de seis meses de experiencia profesional en el campo, claro que entendía de jirafas le conteste. Así que me acerco al parking del pueblo donde me encuentro con una especie de circo o mejor dicho un mostrador de animales. Allí me esperaba un tío disfrazado de payaso pero con cara y físico de legionario de vuelta de Afganistán. El hombre me presenta rápidamente su circo: tres mujeres cinco hombres y una piara de niños rodeada de medio arca de Noé, llamas, ponys serpientes y jirafas. «No come» me dice el jefe señalando a la jirafa...me monto en una escalerita, le meto el termómetro en el culo le pincho una penicilina me quito las botas y adiós muy buenas.

Pero evidentemente así no podía quedar la cosa. Apenas de vuelta a casa que suena el teléfono de guardia: la jirafa. Otra vez con las botas y en lo alto de la escalerita intento sondarla. «Eso es igual que una vaca» le decía a mi mujer, pero no contaba con la habilidosa lengua de este mamífero que de un trago se comió mi sonda metálica de un metro cincuenta de largo bajo la sospechosa mirada de Miliki. Me subo al coche e intento despedirme antes de que me parta la cara explicando con la ventana apenas abierta como la jirafa iba a expulsarla sola con un eructo propio de esta especie...

Me acuesto, una vuelta otra vuelta, no puedo dormirme, tengo que volver al campamento.

Me acerco a la casa de un compañero, es la una de la madrugada lo despierto para que me deje su sonda contándole brevemente lo que me estaba pasando, me despide con un «ten cuidado Fabian» lo cual me dio mucho ánimo.

Vuelvo al pueblo pito dos o tres veces abajo de la roulotte y al rato baja Miliki en calzoncillos y un bate de beisbol en la mano... «Vengo a ver cómo está la jirafa» le grito con la ventana esta vez completamente cerrada. Equipado de un cable pasado dentro de la sonda de mi compañero y después de muchos sudores y de eternos minutos de soledad al quinto intento consigo enganchar mi sonda y así sacar la poco a poco.

Nunca supe si la bendita penicilina salvo la jirafa, pero al menos no se murió con el cuello tieso. Miliki nunca paso a pagarme y al día siguiente el circo ya se fue.

Quién cuida a quién

Quien no se ha sentido solo alguna vez...pero lo peor es, cuando aun teniendo gente a tu lado, sigues sintiéndote así. En nuestra profesión nos encontramos con todo tipo de personas y muchas de ellas se encuentran solas, por lo que centran toda su vida en sus mascotas.

Cuando María llegó a la consulta con su perrita Dana, me llevé una impresión equivocada de ella. Venía con su marido, al que siempre dejaba un poco detrás, y muy dispuesta a decirme como tenía que hacer mi trabajo.

Las personas que trabajan en el ámbito sanitario yo las divido en muy buenos o muy malos clientes. María al principio era uno de estos últimos y llevaba sin acudir con Dana a ningún veterinario 4 o 5 años.

Este día, vino porque encontraba a su perrita muy decaída. Tras una larga anamnesis, decidimos hacerle una analítica sanguínea completa. El primer problema surgió cuando le di el presupuesto. Como ella había trabajado en un laboratorio de humana, llamó para pedirles presupuesto, ya que según ella le harían un descuento. Tras varios minutos de espera no logró hablar con el responsable con lo que decidió que le extrajéramos sangre y ella la llevaría personalmente a dicho laboratorio.

El segundo problema vino a la hora de la extracción. Dana, caniche mediano, de 13 años de edad y con mucho carácter, decidió que prefería morder a todo el que se le pusiese delante, incluida la propietaria. A todo esto, María estaba horrorizada porque nunca había visto así a su perrita. Ante el caso omiso de mis recomendaciones acerca de cómo sujetar a Dana, María me comento la idea de que yo, la veterinaria, sujetase al perro, y ella, experta en extracción de sangre a humanos, le sacaba sangre a Dana. Le dije que no era lo mismo, pero insistió. Tras 5 intentos mirándome sería me comenta:

- “Ay, pues es diferente que en personas. Es más difícil”

Le sugerí la opción de volver al día siguiente, cuando estuviésemos 2 compañeras y así sacarle sangre. Me comentó que no sabía si le venía bien porque se iban de viaje. Mientras se decidía le puse tratamiento para la gastroenteritis por la que había acudido, en principio, a la consulta.

Volvieron, pero a los ocho meses. Entretanto María llamaba por teléfono cada mes, para que le mandásemos medicación para el dolor que según ella tenía Dana, y aunque insistíamos en que era necesario explorarla, ella nos decía que como lo pasaba tan mal en la consulta, para que hacerla pasar por eso.

Finalmente trajo a Dana a la clínica. Como era de esperar estaba bastante mal: decaída, con vómitos, estreñimiento, disnea...Le extraje sangre sin mucha dificultad y, tras convencer a María de hacerle la analítica en la clínica, no en el laboratorio donde ella había trabajado, para ganar tiempo, comprobamos que Dana tenía anemia y leucocitosis. Después procedimos a hacer una ecografía, tras vencer la reticencia de la propietaria, y descubrimos una masa abdominal. Le pusimos un enema y le mandamos tratamiento paliativo. Entretanto nos comentaba:

- “Lleva un tiempo en el que le cuesta levantarse, la tenemos que ayudar a subir al sofá”

Ante la sospecha de una posible artrosis recomendamos hacer una radiografía, a lo cual María se negó. Según ella:

- “Dana lo va a pasar mal, para el tiempo que le queda no voy a hacerla pasar por esto”

Tras tanta negativa le pusimos tratamiento paliativo y le explicamos con toda la delicadeza que pudimos que si llegaba un día en el que la calidad de vida de Dana no era la apropiada deberíamos plantearnos la eutanasia. Tras el desconsolado llanto de María, después de 20 minutos conseguimos tranquilizarla, le dimos recomendaciones para que la vida que le quedase a Dana fuese lo mejor posible. Ella nos dio las gracias por el buen trato recibido y se marchó.

Pasado un tiempo, María nos llamó y no eran buenas noticias. El animal seguía sin apetito los enemas eran diarios, las heces cada vez más sanguinolentas, los vómitos más frecuentes...la medicación era inútil. Así pasamos varias semanas, con llamadas casi diarias, y aunque le recomendábamos que la trajese a la consulta ella siempre ponía excusas porque todos sabíamos que la recomendación más probable era la eutanasia. Llegó un día en el que Dana ya no se levantaba, se orinaba y defecaba encima. Nos comentaba que tenía heridas, las limpiaba todos los días, pero nunca curaban:

- “Es como si se le desprendiese la piel, pero no sé por qué, yo intento ponerla de ambos lados pero ella siempre se tumba sobre el mismo costado”

Ya le explicamos que posiblemente eran úlceras por decúbito y que tenía difícil solución.

En la última llamada, nos pidió por favor que fuésemos a su casa a una consulta a domicilio, y tras la insistencia y desesperación que nos transmitía por teléfono, accedimos.

Realmente aprendes mucho de las personas cuando entras en su casa, y María nos abrió la suya amablemente. Descubrimos a una persona ordenada, limpia y algo estancada en los años 80, posiblemente de los mejores de su vida. La habitación de Dana estaba tan impoluta como Dana, la cual era todo para María. Realmente la necesitaba porque con ella se sentía útil, se sentía querida y recompensada por todo lo que hacía.

La perrita tenía una úlcera muy profunda además de los otros síntomas, así que recomendamos la eutanasia. María entre llantos nos pidió que la llevásemos nosotros a la clínica porque ella sola jamás sería capaz. Y así lo hicimos.

Al final de día nos dimos cuenta de lo importante que es sentirse útil en la vida, y por suerte nosotros, los veterinarios, podemos estar orgullosos de ayudar en el día a día a muchas personas y a sus mascotas. María quizá es un ejemplo claro de ese tipo de personas a las que solo es posible conocer y ayudar gracias al animal que tienen más cerca.

Agustín Fernández Reyes

El acta

... Y lo caro que están los piensos ¿y los cereales? Y lo barato que están los chivos, y lo que nos roban con la leche a ese precio, regalada, peor, es que me cuesta el dinero, y lo mal que se está poniendo la cosa, y esto no es de ahora, que levamos así ya varios años. Y encima, otra inspección. Y ustedes, y se lo digo con todo el respeto, venga a pedir papeles, y que si planes de gestión, que yo de eso ni idea, y que si libros de registro, y que qué se hace con el estiércol, pues qué se va a hacer, lo de toda la vida. Y hoy se va usted y mañana viene el de Medio Ambiente, que esos sí que no saben de nada, y es que en vez de ganaderos nos queréis convertir en abogados, enterrados en papeles y en carpetas y en portafolios, y es que ya estoy muy viejo para esto, señorita, usted no lo entiende por muy veterinaria que sea, porque es muy joven y está todo el día en la oficina, allí sentada, sin saber lo que hay que bregar en el campo para ganarse la vida, y mis hijos que no quieren saber nada de esto, uno casado con una maestra y el otro que prefiere estar parado que venir a echar una mano a la finca...

El ganadero seguía quejándose de sus infinitas dificultades. Sin dejar de hablar cogió cuidadosamente un chivo rebelde que le mordisqueaba los pantalones y lo devolvió al corral. Murmurando rebuscó en la nave un azadón, cambió de sitio un cubo, enrolló un alambre y entró en la casa a espantar un par de gallinas que se habían colado donde no debían. Ella seguía rellenando el acta en silencio, anotando cuidadosamente todas las irregularidades que antes había señalado con cruces en el larguísimo cuestionario. “Es que no se puede ser tan desastre y llevarlo todo tan mal”, pensó. Eso sí, se sonrió discretamente cuando se acordó de lo de “señorita”. “Con bastantes más de 40 se ve que me conservo bien”, pensó, acordándose también de lo que le molestaba ese calificativo 15 años antes. Pero no me ha hecho gracia lo de “todo el día en la oficina”.

“Vaya topicazo, qué sabrá este hombre de cuántas cabras he tenido que sangrar y el calor y el frío que he tenido que pasar antes de dedicarme a rellenar actas”.

Le tendió los papeles para que firmara.

-El que firma es el que pierde- dijo él, sacando quién sabe de dónde un poco de buen humor.

-Pues ya le llegará la carta - le dijo- y lo mejor es que se busque a alguien que sepa de pleitos si va a recurrir, porque además de la multa la subvención la pierde, y es que se lo llevo diciendo desde hace mucho, que así ya no se pueden hacer las cosas en el campo a estas alturas, que hay que profesionalizarse”.

-Pues vaya usted con Dios- le dijo el hombre sin rencor, en la despedida- que yo sé que usted no tiene culpa, que éste es su trabajo y no puede hacerse otra cosa.

Ella se montó en el coche y saliendo de la finca puso la radio para no pensar en nada. Pero de todas formas una idea empezó a rondarle la cabeza acallando la música. Sólo van a quedar los grandes, estos viejos tienen los días contados en el campo.

Apenas recorrió un par de kilómetros de vuelta a la oficina antes de parar en la cuneta. Se quedó mirando unas vacas retintas que pastaban detrás una alambrada. Abrió su maletín, sacó el acta y la rompió en 4 pedazos. No los tiró por la ventanilla, a pesar de que le apetecía. Le dio reparo y los colocó en el asiento de atrás, antes de dar media vuelta.

- ¿Se le ha olvidado a usted algo? dijo el hombre mirando a su alrededor al verla de vuelta.

-Pues sí, que se pueden hacer las cosas de otra manera, eso es lo que se me había olvidado.

Se sentó en una silla de enea de la que salió disparada una gata y le pidió al ganadero el libro de explotación y las carpetas llenas de papeles arrugados y descoloridos. Lo fue ordenando todo por tipos de documentos y fechas, se empleó a fondo con la grapadora, el bolígrafo y los clips. Llamó con su móvil a la oficina y pidió que le buscaran varios datos en el ordenador. Casi las 2, pensó. Llamó otra vez, ahora a su marido.

-Oye, que llegaré tarde, dale tú de comer a los niños.

- ¿Problemas? dijo él.

-No, todo lo contrario- respondió- es que tengo que rehacer un acta.

Aceptó una cerveza y una tapita de queso, y se quitó el chaquetón para disfrutar del sol de otoño, escuchando historias de viejos.

Francisco José Bernal Vela

Reflexiones del bienestar Gaditano

Desde el principio, pudo ser un día como otro cualquiera, pero tenía la certeza que no sería así. O quizás, algo diferente, pues en esa jornada comenzaba la primavera. Siempre de madrugada, y cuando atraviesas el campo, y aún todos duermen, es agradable sentir el frescor de la aurora y comprobar el silencio cuando casi todo está sin actividad. Ya incluso, puedes oír las primeras chicharras en los alcornoques, o las lechuzas en sus últimos movimientos de la noche.

Llegar al matadero a esas horas, es comenzar una liturgia, que casi siempre se convierte en rutina cuando lo haces a diario, pero con cierto aire de improvisación y llegadas no esperadas. Pero tenía un presentimiento que ese día sería diferente, pues el día anterior, en las oficinas, me comunicaron el sacrificio previsto en esta jornada, y que incluiría con cierta probabilidad, un lote de 50 vacas más un semental de lidia de 8 años de la ganadería Hnos. Torres Campos originaria de tierras pacenses.

Como todos los días, y ese día no era una excepción, me hice con la documentación que acompañaba al lote de los animales, algo que volví a hacer rutinariamente en esa memorable jornada. De manera automática me dirigí a la zona de corrales para hacer la inspección antemorten. Cuál fue mi sorpresa que allí estaba él. Su nombre era Gaditano y estaba escrito a lápiz en su DIB y le acompañaba el número 28 marcado a fuego. Ocupaba el corral 15. Estaba sólo, tranquilo, sereno, quizás algo melancólico recordando pasajes de su vida pasada. En absoluto silencio, y situado desde la altura, cuando me vio, rápidamente se levantó, y con su casta innegable me olió, y agachó la cabeza. Dio dos o tres cornadas al aire, y comenzó a salir chorros de aire caliente por sus ollares. En una de esas cornadas, que dio en los barrotes, hizo saltar por los aires el bebedero que durante la noche le había dado de beber. Admirado lo contemplé durante un buen rato, y fue entonces cuando comprendí la razón por la que Gaditano estaba allí. Tenía una herida profunda en su pata

izquierda trasera, incurable, que le había provocado una cojera crónica con deformación severa de la extremidad del miembro. En el horizonte se vislumbraba los primeros rayos de sol primaverales, y durante un buen rato, mantuve mi inolvidable conversación con él. Le pregunté cómo había sido su vida hasta hacía unas horas. Durante ese espacio de tiempo, que pudo parecer interminable, tuve el privilegio de imaginarme a Gaditano, con ese pelo negro azabache, con su hermosa línea de macho de raza pastando en las hermosas dehesas de los campos extremeños. Con su mirada me habló de muchas cosas, de cómo había vivido como él se merecía como buen representante de la ganadería, de cómo fue agasajado con esmerados cuidados en los que tenía su mundo al alcance de la pezuña. De tantas, tantas cosas, y de experiencias vividas y pasadas. Me contó las buenas relaciones que tenía con el mayoral de la finca, y que a diario y con el amanecer, le buscaba para sacarlo al campo. Hubiese querido haberlo contemplado en esa situación, con esmerados cuidados, en plena forma y teniendo todo lo que deseaba; pastos, vacas, pienso, agua y curaciones esmeradas por heridas ocurridas en combates interminables.

De pronto, ese sincero dialogo fue bruscamente interrumpido por el personal de corrales pues había llegado la hora. En ese momento, Gaditano comenzó bruscamente a atizar la cabeza y a comprender que su final estaba cerca. Como siempre, ordené el más absoluto silencio, que lo condujeran sin gritos, ni voceríos, y que no usaran en ningún momento la pica eléctrica para conducirlo. Sólo se oía en corrales, el sonido de cierre y aberturas de cancelas. Y llegó el turno de Gaditano. Con la nobleza que caracteriza al ganado de lidia, mi efímero amigo, salió del corral, se paró en el pasillo, fue oliendo y sintiendo nuevas y extrañas fragancias, y olores amargos. Sin casi hacerle ninguna indicación fue, de manera obediente, avanzando hacia su final. Cuando entró en la manga, y salvando sus serias dificultades de la cojera, no dio muestras de retroceso ni embestidas, pero eso sí, con la clara y absoluta seguridad que era él y solo él, dueño y señor del recorrido. Entró en la manga con dignidad, sabiduría y control de la situación. Su morrillo estaba prieto, sus cuernos sobresalían del límite de la manga, su rabo retorcido, y como quien espera enfrentarse a su última batalla, esperó fríamente ser el perdedor de éste su último combate. Ahí acabó el bienestar de Gaditano. En ese momento, me volví, y noté como en mi carpeta habían caído dos lágrimas probablemente fruto del reconocimiento al coraje, a la raza y a la nobleza que pude sentir y abrigar esa mañana de primavera en los corrales.

Lucía Tajahuerce Chicote

Él y yo

Eran las cuatro y media de la tarde y se llamaba Oscar.

Se llamaba Oscar y era un bóxer grande, muy grande cuyo pelo le pareció más blanco de lo que era. Digo la hora y el nombre porque son las dos primeras cosas de las que ella se percató al acercarse a la puerta de la clínica donde había empezado a trabajar tres meses antes.

Era su primer empleo tras terminar la carrera que tanto trabajo le había costado, veterinaria, y poco le costó mudarse lejos de todas sus querencias a un pueblo de paisaje lunar, plomizo y que a ella sin embargo le atraía por insólito.

Nadie hubiese aceptado esas condiciones de trabajo, excepto un recién licenciado, un pardillo como ella.

Digo la hora y el nombre porque esa experiencia la recordaría toda su vida y le marcaría en sus inicios.

Oscar yacía en el maletero de un coche tipo ranchera. Miraba fijamente al frente, erguido como una estatua romana, y ella no se daba cuenta del nerviosismo de Ester y Santi, sus dueños, ni del movimiento automático que estaba realizando al abrir la puerta de entrada. Sus ojos miraban absortos un enorme hierro cilíndrico que se había clavado durante un accidente en la cara interna del muslo de aquella criatura que se desangraba mientras sus dueños le exigían una y otra vez a ella que hiciese lo que fuese por su perro, un perro “muy especial” como decían.

Ella sabía que no tenía experiencia, pero estaba segura de que no superaría un viaje hasta la ciudad donde había un hospital grande, a más una hora en coche.

Dudó sólo dos segundos, el tiempo que tardó en quedarse dormido al ritmo que marcaba el gotero de propofol.

Ante ella, un cuadro abstracto de músculos, venas y nervios enmarañados y ese hierro, ese enorme hierro que tenía que sacar como quien saca un objeto valioso de un matorral.

Su esquema mental de la anatomía de primero y segundo de carrera se le dibujó con más facilidad de la que tuvo para aprenderla en su momento. Trataba de encontrar el principio de ese cilindro intentando cortar las hemorragias que brotaban.

Al conseguir extraerlo como Arturo extrajo su espada de la piedra la femoral no sangró. Le alivió saber que no estaba seccionada.

Como quien cierra una caja que nunca se debió abrir, trató de dejarlo todo en orden. Puso todas sus fuerzas mientras la luz de la lámpara le quemaba la sien y se desprendían gotas de sudor que eran de estrés también. Oscar salió vivo, sus dueños estaban inmensamente agradecidos y ella flotaba en una nube al ver al perro despierto y comiendo.

Había perdido la sensibilidad y movilidad de la extremidad por sección nerviosa, y había una herida que requería muchos cuidados.

Ester y Santi no dudaron en dejar a Oscar el tiempo necesario en la clínica hasta que terminase su recuperación.

Fueron quince días llenos de emociones para ella. Mataba su soledad con Oscar, haciendo horas extras, curando su herida con un protocolo estricto y repetitivo, doloroso. Cuidaba los dedos de su extremidad para que no se ulcerasen al apoyar en el suelo. Oscar nunca se quejaba.

Ella con su poca experiencia no había tenido esa conexión especial con ningún paciente hasta entonces, quizás fue su extrema sensibilidad, quizás su compasión, algo más que lo estrictamente profesional la movió a cuidar de aquel perro tan valiente, tan resistente.

Él movía el muñón que tenía por rabo cuando ella lo sacaba al patio, cuando le rascaba la panza blanca, cuando le masajeaba su extremidad atrofiada pero aún viva.

Ester y Santi le preguntaban insistentemente qué pensaba ella sobre las pautas que debían seguir con Oscar al llevarlo de regreso a casa, y ella siempre con la inferioridad que imprime saberse la última en la jerarquía de la clínica se callaba y decía que preguntaran a la jefa, aunque ella tenía capacidad de decisión o al menos de discusión de los asuntos clínicos.

Una mañana se enteró de que Oscar iba a ser amputado esa misma tarde por recomendación de la jefa, que había vuelto de viaje. Sus dueños, confiando en la profesionalidad de quien ella les había comentado, aceptaron la recomendación.

Ella no asistió a la operación. No podía creerse que se hubiera tomado esta drástica decisión sin consultarle y sin poder defender su criterio clínico al respecto.

Como un mal presagio, aquella noche le costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente fue sola a la clínica a las ocho de la mañana a un paso ligero. La clínica tenía un pasillo largo, al fondo estaban las jaulas de hospitalización. Dentro de la jaula estaba Oscar, inmóvil. Lo tocó y mil alfileres helados le atravesaron la piel. Su mirada estaba fija, como el día que lo vio por primera vez, pero en esta ocasión no estaba erguido, ni siquiera estaba vivo.

Salió a la puerta de la clínica y estuvo llorando intensamente una eternidad. Quizás su muerte fue casual, una complicación más de cualquier cirugía, o quizás no tenía ganas de seguir viviendo al despertarse de nuevo con ese dolor, y verse solo en su jaula.

Llamó a sus dueños y entre la incredulidad y la desazón se abrazaron los tres.

Cuando mucho tiempo después, y por vicisitudes de la vida ella se enteró de que su jefa había reconocido en un juzgado que no era veterinaria sintió que le temblaban las piernas y le sobrevinía una sensación de mareo.

Se sintió engañada, estafada por una persona en la que ella había confiado como profesional, y sintió impotencia por haberse sentido inferior, por no haber podido o no haber sabido discutir con ella este asunto que la dejó marcada.

Se alegró de que sus dueños, los dueños de Oscar, no se enteraran de esta última parte, porque poniéndose en su piel, es duro pensar que has confiado la vida de un ser querido a una persona sin escrúpulos.

Pilar Camacho Luna

La caja

Cuando desperté, la habitación aún estaba oscura. El reloj marcaba las tres de la mañana. Alargué el brazo hacia la mesilla de noche para buscar a tientas el teléfono que no paraba de sonar y lo descolgué. Un señor con voz ronca y respiración dificultosa comenzó a narrarme una historia que no fui capaz de dilucidar a esas horas de la mañana. Me vestí con todo lo que encontré sobre la silla de mi escritorio, empezaba a hacer frío ese invierno. Cogí las llaves y conduje hasta la clínica.

Al llegar preparé un café bien cargado mientras esperaba la urgencia. Al fin llamaron al timbre. Un señor de unos setenta años esperaba al otro lado de la puerta con una caja entre sus brazos. Pasamos a la consulta mientras él, desolado, me contaba el trágico hallazgo que había hecho al abrir la cabina del butano y encontrarse allí, moribundo a su gatito, Le hice colocar la caja sobre la mesa y la abrí. Dentro de ella no había nada.

-Señor, esta caja está vacía. ¿está usted seguro de que metió al animal antes de salir de casa? Sentí sus ojos desorbitados de angustia sobre los míos.

- ¡Cómo que está vacía! ¡Déjeme ver!

El pobre hombre se asomó, nervioso, a la caja y un mar de lágrimas inundaron sus ojos.

¡Creo que está muerto, Doctora! No se mueve...

Conté mentalmente diez segundos que me parecieron eternos, y como caída del cielo, la enfermera de guardia entró en la habitación.

- ¡Pero hombre, Manuel! ¿Usted por aquí a estas horas? ¿Qué le ha pasado esta vez a Serafín? ¿Otra vez se ha echado a dormir en la cabina del gas butano? Para mi asombro, la chica sacó al gato invisible de la caja con acostumbrada soltura y le dio ventilación asistida con un ambú, como si llevase toda la vida tratando animales imaginarios.

-Este gato no tiene siete vidas, Manuel, tiene setecientas - dijo la enfermera con gesto teatral. Luego me guiñó un ojo y nos dejó a solas. Reaccioné con rapidez y le expliqué a Manuel que, seguramente, Serafín estaría uno o dos días un poco aletargado y con falta de apetito, pero que se pondría bien y no debía preocuparse por su salud.

El hombre salió satisfecho, con su caja bajo el brazo y se dirigió a la recepción. Antes de marcharse sacó su cartera y le dio unos billetes a la recepcionista acompañados de una sonrisa.

En cuanto se marchó me dispuse a buscar a la enfermera, intrigada por saber más acerca de Manuel. Lo que me contó me dejó conmovida. Hacía dos años, al llegar un día a casa, Manuel encontró a su mujer y su gato muertos en el sofá, asfixiados por el gas butano del brasero. Desde entonces pensamos que el prefirió creer que ella se había marchado a vivir con su hija menor, que está separada y tiene varios críos. Ese gato, fruto de su imaginación, es lo único que le queda de ella, y vive atemorizado con la sola idea de perderlo.

Le pregunté cómo era posible que hiciéramos pagar a un cliente por un servicio que no habíamos prestado. La enfermera sonrió y me contestó: Sería imposible hacerlo de otra forma. Él se niega a ser atendido gratis, se siente ofendido. De modo que el 19 de octubre de cada año le mandamos una cesta cargada de productos exquisitos a la residencia de ancianos donde vive, y él y su esposa imaginaria celebran su aniversario, en el único día del año que pasan juntos.

Melinda

La mañana en que Melinda acudió por primera vez a mi clínica, tan hermosa, con su expresión de niña perdida sosteniendo al animal moribundo entre sus brazos, jamás habría imaginado el vuelco que mi vida estaba a punto de dar.

La guardia de aquel fin de semana había transcurrido tan tranquila como la de cualquier otro, teniendo en cuenta el temporal que azotaba el pueblo. El domingo por la mañana yo acababa de llegar a la clínica cuando escuché el timbre sonar. Dos veces seguidas. Tres. Me apresuré a descolgar la bata blanca de mi taquilla y me la coloqué mientras corría hacia la puerta, contra la que unos nudillos impacientes se ensañaban. Al abrir, una chica joven y atractiva con un gato entre sus brazos se abalanzó hacia mí, mientras me explicaba atropelladamente lo sucedido. La hice sentarse y le ofrecí una caja de pañuelos, con la que se limpió los restos de maquillaje de su rostro empapado.

Con la historia más clara, realicé algunas pruebas y salí de dudas: tan sólo un par de fracturas. Por suerte el coche había visto al animal cruzar la calle a tiempo para frenar y todo quedó en un mal golpe. El rostro de Melinda cambió según escuchaba las noticias. Sus ojos verdes brillaron y me regaló una maravillosa sonrisa. El dinero no era un problema, el gato se quedaría ingresado el tiempo necesario. Secretamente, me alegré de la desgracia del pobre animal, e incluso alargué su estancia un par de días más de lo necesario. Me alegré de saber que la vería cada día, cuando viniera a visitar a Nerón a última hora de la tarde.

Cada día intentaba reunir el valor para invitarla a salir. Me imaginaba las palabras que le diría, pero a la hora de la verdad nunca me atrevía, ella era tan hermosa, tan dulce, tan perfecta.

Pero el último día, cuando vino a recoger a Nerón y, ante la posibilidad de no verla más, me atreví a invitarla a cenar, y para mi sorpresa, ella aceptó.

Diez meses más tarde nos casamos y me trasladé a su casa, una gran finca a las afueras del pueblo. Había pertenecido su adinerado marido, y habían vivido en ella juntos durante dos años hasta que él la abandonó para irse con su amante al extranjero, dejándole la casa como regalo de despedida para que pudiera mantener en ella a sus gatos. Decenas y decenas de gatos a quienes ella conocía uno a uno por sus nombres, sabía sus edades y su parentesco con los otros.

Reconozco que al principio me hacía gracia. Melinda era como una niña consentida que no sabía dónde estaba el límite. A ella le gustaban sus animales, disfrutaba cuidándolos y dándoles mimos, y nunca le parecía tener suficientes. Sus encantos lograron convencer a su exmarido, y más tarde a mí, de que vivir en esas condiciones no era una locura. No si a ella le hacía feliz, eso era todo lo que importaba.

Pero poco a poco, según la población felina aumentaba, mi paciencia se iba agotando, y las riñas con mi mujer a raíz de los dichosos animales fueron también incrementando. Se negaba a hacer nada que pudiera ir en contra del curso natural. Rehusaba la idea de castrarlos, y ni que decir tiene, de eutanasiarlos cuando estaban terminales. Cuando estaba muy enfadado solía decirte que un día llegaría a casa y no vería ni un solo gato, me desharía de todos ellos, y ella ofendida respondía que, si no podía tolerarlos, el que debía irse de la casa era yo.

Una noche tuvimos una fuerte discusión a cuenta de los gatos y yo me marché. Me fui a dormir a la clínica y no volví a casa hasta una semana después. Llegué temprano, había decidido tomarme el día libre. Al entrar el desorden eran aún mayor de lo habitual, incluso uno de los paneles de madera de la pared del salón estaba

desprendido. Respiré hondo, no quería empezar otra discusión acerca de los destrozos que los gatos causaban, sólo quería reconciliarme con Melinda.

Cuando ella bajó las escaleras, preciosa vestida con su uniforme del trabajo mi corazón dio un vuelco. La amaba tanto... Ella sin embargo no pareció muy contenta de verme. Me dio un beso en la mejilla y me dijo que ya hablaríamos por la noche.

Al quedarme solo, decidí organizar un poco mi habitación después de una semana de ausencia. Todos los armarios estaban revueltos y los cajones abiertos, pero no me extrañó. Lo que me llamó la atención fue encontrar en uno de los cajones de Melinda un papel amarillo cuyo formato me era más que familiar. Una receta veterinaria. De la clínica en que yo trabajaba y con mi firma pulcramente falsificada. Junto a ella una foto mía con varios gatos. En el reverso de la foto leí: Lo siento, ellos siempre fueron lo primero. Leí la prescripción y unas gotas de sudor frío resbalaron por mi nuca. Una botella de 60 mililitros de T-61, un eutanásico que yo usaba habitualmente en mi clínica. Con 60 mililitros habría para matar a un caballo.

Una escalofriante idea pasó por mi cabeza. Corrí escaleras abajo, hasta el salón. Me acerqué despacio hacia la pared de madera y golpeé con mis nudillos el panel desprendido. El sonido era hueco. Lo arranqué y lo que vi allí dentro me aterrizó. Bajo una manta polvorienta, un par de puntas de zapato de hombre asomaban por un extremo, y junto a él una foto de un señor con dos gatos. Como si de un rompecabezas se tratara, de repente todo encajó en su sitio, y comprendí entonces que él nunca la abandonó.

Me alejé de la casa caminando con una maleta colgada del hombro, dejándola a merced de los gatos. Sobre la cómoda había dejado una foto mía con Nerón, cuyo reverso rezaba: Espero que entiendas cuánto me duele dejarte, para mí tú siempre fuiste lo primero.

M^a Jesús Poyal Viudez

Casos y cosas de veterinarios

Tierra trágame

Un muchacho joven llega a la consulta con un perrillo mestizo muy gracioso.

-Lo traigo a ponerle la primera vacuna.

-Muy bien - le digo - siéntate, vamos a hacerle una ficha.

Abro una nueva ficha y le pregunto:

- ¿A qué nombre la pongo?

- GANIMEDES, - responde

- ¿GANIMEDES?- digo con divertida sorpresa – “Vaya nombre más estrambótico que le has puesto al perro”.

El joven me mira con semblante serio, y con voz neutra me aclara: “GANIMEDES” soy yo, el perro se llama “TOBY”.

Tierra trágame Castración Vs Esterilización

A una compañera le llegó un cliente diciendo que quería operar a su perro (un atlético y magnífico Bóxer) ya que en su casa tenían también a la hembra y cada vez que ésta se ponía en celo tenían que separarlos en habitaciones distintas, con el consiguiente trastorno familiar. Al padecer la hembra un soplo cardíaco, no querían correr riesgos con una ovario- histerectomía. La veterinaria efectuó una castración rutinaria y una vez pasados los efectos de la anestesia, llamó al propietario de que ya podía ir a recoger al animal.

-Estupendo ¡- dijo el dueño muy contento, - Por fin podrá disfrutar del sexo!

El canario cojo

A un compañero le llegó a la consulta una señora de edad avanzada que llevaba una jaula tapada por un pañito.

Vengo a que me mire el canario- le dijo – estamos muy preocupados porque tiene una patita “lastimada”. Al mirar al pájaro el veterinario observó que una de las patas, que el animal mantenía en alto, estaba tumefacta y ennegrecida. La anilla había estrangulado los tejidos y se había producido una necrosis vascular. Mientras, la señora enumeraba las virtudes del animalito: ¡No veas cómo canta!, es increíble, es la alegría de la casa, mi marido y yo nos pasamos las horas escuchándolo.

El veterinario le explicó el problema y le dio como solución la amputación de la pata necrosada.

La señora abrió la boca en una mueca de terror,

- ¿Dejar al canario con una sola pata? Uy... No... No... mejor matarlo.

El veterinario se la quedó mirando fijamente:

- “A ver señora _ le dijo - ¿Usted para qué quiere el canario ... Para que cante ... o para que BAILE !!!?

El régimen

Cuando la Cocker TARA vino a su revacunación anual, me llevé las manos a la cabeza. En un año, tras ser castrada, había duplicado su peso, una obesidad morbosa le daba la apariencia de un tonel con cuatro patitas, cada tres pasos se detenía jadeante por el esfuerzo.

- ¡Esto no puede ser! - le dije al propietario. – ¡En cualquier momento le va a dar un infarto!

-Es que no para de comer y de pedir comida. - Me dijo el dueño bajando los ojos avergonzado – Es una glotona insaciable.

Conseguí asustarlo lo suficiente para que me prometiera que iba a seguir a rajatabla un régimen estricto de comidas y algo de ejercicio.

Le mandé un pienso *obesity* y con un vaso medidor le mostré cual era la cantidad de ración diaria que debían administrarle. Debía volver cada 10 días a la consulta para pesarla y medirla.

Al cabo de una semana apareció el dueño en la consulta, venía sin TARA y con semblante serio.

La perra ya no está - me dijo fulminándome con la mirada – la hemos llevado al campo de mi cuñado.

- ¿Qué ha pasado? – le pregunté preocupada.

-Que “¿qué ha pasado?”– dijo mirándome con cara de enfado.

– Pues nada, que le mandaste tan poca comida y estaba tan muerta de hambre, que un día llegamos a casa y se había comido al loro, cuatro plumas en mitad del salón fue lo que dejó de él.

¿Qué puedo hacer?

Una perra había parido sin complicaciones y a los pocos días, la propietaria se presenta histérica en la consulta. Yo estaba ocupada, pero la vi tal alterada que me asomé a ver qué ocurría.

- ¿Que sucede? - le pregunté.

Ella atropelladamente me explicó:

-La perra está bien y los cachorros también, pero es que... la gata... la gata se pone a mamar de la perra!!
¡¡¡Y no sé qué hacer!!!! ¡¡Dime!! ¿Qué hago?

-¡¡ Pues hazle fotos!! – le dije dándome la vuelta y volviendo a entrar en la consulta.

Zoofilia

Llegó a la consulta una señora con una perra mestiza de tamaño mediano. Su preocupación era por el cambio de comportamiento de la perra desde hacía unos días. Estaba inquieta, temblaba mucho, gimoteaba continuamente y además le había dado por escarbar en su cama. Tras una exploración se le apreciaron unas mamas turgentes y al apretar el pezón, un chorro de leche salpicó la mesa de exploración. Había tenido el celo hacía un mes y medio aproximadamente.

Se le explicó el problema de forma sencilla:

-Lo que le ocurre a "Daisy" es lo que se llama un "embarazo psicológico" – le dije con una sonrisa.

La señora puso cara de espanto y llevándose las manos a la cabeza exclamó:

- ¡El canalla de mi marido! ¡Ahora entiendo eso de que la perra duerma la siesta con él!

Vendaje de muestra

A un compañero un señor le llevó un perro joven que cojeaba de la pata delantera derecha. Había ocurrido de repente y tras dar un gran salto desde una balconada de la casa. El veterinario tras una palpación de la zona vio la necesidad de hacer una radiografía para el diagnóstico. En la placa apareció una fisura en el radio. Bueno, le dijo al propietario, le vamos a poner un vendaje inmovilizante durante tres semanas y quedará como nuevo.

Se llevó al animal a la sala de curas y un rato después el perrito salió con un flamante vendaje tipo Robert-Jones.

Cuando el propietario lo vio, parpadeó un par de veces

-Pero doctor... - le dijo – El perro tiene vendada la pata izquierda y la pata de la que cojeaba era la derecha...

Nuestro compañero se quedó lívido, miró de reojo la placa que estaba en el negatoscopio, y con una sonrisa forzada le dijo:

- ¡Ya lo sé, hombre!, este vendaje es de PRUEBA para ver si te gusta...

El reconstituyente

Me traen un perrito que no comía mucho después de una cirugía, así que los dueños me pidieron algún reconstituyente.

Garabateé en una receta CEREGUMIL y entregándosela les dije que le dieran una cucharadita de café tres veces al día.

Al cabo de un rato me llaman a la consulta:

- Doctora – me dicen - es que nos hemos quedado con una duda... EL CAFÉ... ¿normal o descafeinado?

No podía dormir

Me llaman a las 2 de la mañana.

- ¿Veterinaria? La llamo porque es que ya no sé qué hacer, el perro se pasa toda la noche de arriba abajo, muy inquieto, dando vueltas por la casa, hace ruido y es imposible dormir. En cambio, de día, está tranquilo. ¿Hay algo para eso?

-Pues sí, - le dije con voz cansina y adormilada - ¿tiene VALIUM en casa?

-Siii, sí tengo, de 5 mg - me dijo alegre, ¿Cuánto le doy?

-No señora, el valium es para usted... tómese dos.

Y le colgué.

El perro drogata

Llamaron para una urgencia a las 11 de la noche. Cuando llegué había unos muchachos jóvenes con aspecto un tanto “hippy” que sostenían a un perrillo negro. Les interrogué y me dijeron que lo veían muy raro desde hacía un par de horas, que andaba muy torpe y se caía. Efectivamente, al ponerlo en el suelo presentaba una ataxia e incoordinación motora y tan pronto andaba de frente como de lado, se le cruzaban las patas y se tambaleaba. Una midriasis extrema era evidente y en la auscultación se apreciaba bradicardia. A pesar de todo ello, el perrillo se mostraba muy tranquilo y relajado. Barajé mentalmente un diagnóstico diferencial, pero no tenía nada claro origen del problema. Sin querer, pensé en voz alta.

- “No sé, es... parece.... Como si estuviera drogado...”

- “¡Anda!! – Exclamó de pronto uno de los muchachos mirando a sus amigos – Me dejé “la china” encima de la mesita del salón, con razón no la encontraba.

Tratamiento para la diarrea de los cerdos

Me contó un comercial hace muchos años que una vez recibieron la llamada de un ganadero. Tenía a varios cerdos con diarrea y les pedía que le enviaran algún tratamiento efectivo.

En la comercial metieron un par de viales de antibióticos en una caja de cartón y para evitar roturas la rellenaron hasta el borde con bolitas blancas de poliespam.

Al cabo de unos días recibieron otra llamada del ganadero

-Oye- le dijo al encargado de la comercial -, ya les he dado todas las BOLITAS BLANCAS a los cochinos y siguen con la diarrea, mandadme otra cosa.

Alguien entendió mal

Llega un hombre mayor a la consulta algo nervioso. Doctora, tengo al perro en el coche, se lo traigo porque está cojo de una pata.

- ¿La apoya? - le pregunto.

No, - me contesta – LA POLLA la tiene bien, lo traigo porque está cojo...

Un extraño animal

Hace muchos años, cuando estaba de prácticas en una clínica veterinaria de Torremolinos, en la sala de espera se encontraban dos amigas de edad avanzada con un perrito esperando su turno. En eso, entró por la puerta una pareja joven que llevaba una manta enrollada como si de un bebé se tratara. Automáticamente, las dos señoras mostraron curiosidad por saber qué era lo que estaba envuelto y del cual sólo asomaba una cabecita gris, unos ojitos azules y unas orejas oscuras picudas.

- ¿Qué es? Le preguntó una de ellas al joven que portaba el bulto.

-Es un siamés – respondió el joven con una sonrisa.

-Fíjate- le dice a la amiga dándole una palmadita cómplice en el brazo- Un SIAMÉS... ¡Pero si parece enteramente UN GATO!

Amor compartido

Una pareja joven estaba sentada en la mesa de despacho mientras yo rellenaba la cartilla de vacunación. Él tenía a la perrita en su regazo y no paraba de hacerle carantoñas y decirle monerías. Ella, poniendo morritos y voz melodramática, me dice:

-Hay que ver, que quiere más a la perra que a mí.

Su novio la mira y dice sonriendo:

-Que nooo, tontaaa... que os quiero a las dos POR IGUAL.

De quién serían...

Llegó una pareja con un Boxer de 11 meses ya que, desde hacía varios días, vomitaba todo lo que comía. Se les interrogó acerca de la posibilidad de ingestión de algún objeto o comida en mal estado, la dueña dijo que ella había estado de viaje durante la semana y su marido, quien se había quedado al cargo del animal, estaba seguro de que no había comido nada en la calle ya que lo sacaba con el bozal puesto. Se le hizo una radiografía y se confirmó una obstrucción intestinal, quedando el animal ingresado para cirugía. Tras una operación sin complicaciones se extrajo del intestino una masa de tela negruzca compactada. Por curiosidad, introduje el cuerpo extraño en agua tibia jabonosa, y al cabo de un rato, se pudo desdoblar con facilidad apareciendo unas braguitas negras de encaje. Recuperado el animal, llegó la dueña a recogerlo. Preguntó:

- ¿Se sabe qué era lo que le causó la obstrucción? -

La miré con una sonrisa traviesa y le pregunté:

- ¿No has echado de menos unas braguitas monísimas de encaje negro?

Se puso lívida, luego roja.....

- ¡¡YO NO USO BRAGAS DE ENCAJE!!

No sabemos qué ocurrió cuando llegó a casa, pero el caso es que no volvieron a la consulta ni siquiera para quitarle los puntos al perro.

Peligrosas alimañas

Una mañana, al llegar a la consulta, había en la puerta un hombre de campo con un perro mestizo con aspecto abatido y extrema delgadez.

El hombre me explicó:

- “Vengo del pueblo TAL y el perro está malo. El veterinario que viene a mirar las vacas me ha dicho que le ha atacado una alimaña pero que él no puede curarlo y me ha dicho que venga aquí –

Lo miré con cara interrogante:

-Una alimaña ¿qué tipo de alimaña? -Mis ojos recorrían al perro intentando buscar heridas, inflamaciones..... Nada, no había nada

- ¿Le ha mordido una rata? ¿Una serpiente? ¿Un escorpión? Mi concepto de alimaña era muy reducido.

-Pues no sé, -me dijo el pobre hombre - El sólo me dijo que era una alimaña.

Le pregunté por el nombre del veterinario que lo había remitido y tras algunas gestiones, conseguí su número de teléfono.

Le expliqué el motivo de la llamada

- ¿“Alimaña”? – Exclamó con extrañeza – Yo lo que le dije, ¡¡es que el perro tenía LEISHMANIA!!

Contra la caída del pelo

Llaman por teléfono:

- ¿Veterinaria? Es para una consulta, es que verá, tengo una perrita de pelo largo y se le cae mucho, y me tiene la casa... Me han dicho que a los perros que tienen el pelo rizado no se les cae tanto el pelo, y como soy peluquera había pensado hacerle UNA PERMANENTE...¿funcionará?

Las monjitas

Estando de prácticas en una clínica de Málaga llamaron unas monjas de una congregación para una visita a domicilio. Estaban preocupadas ya que al perro que tenían, un labrador joven, le habían salido unos tumores en “sus partes”.

Cuando llegué al convento me recibieron varias hermanas y entre un revoloteo de tocas y hábitos me llevaron al jardín. Automáticamente y como surgido de la nada, llegó brincando y agitando el rabo un precioso labrador negro. Se irguió apoyando sus patas delanteras sobre mi pecho repartiendo lengüetazos a diestro y siniestro. Me agaché y lo acaricié, y el animal respondió automáticamente poniéndose boca arriba. Dos masas, del tamaño de grandes mandarinas aparecían a ambos lados del pene.

- ¿Ves? -, me dijo alarmada una de las monjitas – Esos tumores han aparecido de repente.

Me incorporé y les sonreí.

-Verán, hermanas -, les dije sin perder la sonrisa – Esto no son tumores. Cuando ustedes acarician al perro, él se excita SEXUALMENTE y los bulbos cavernosos, que forman parte del pene, se hinchan.

Se miraron desconcertadas y se escucharon unas risitas contenidas. Me acompañaron a la salida tras darme de nuevo las gracias. Mientras me alejaba pude oír grandes carcajadas al otro lado de la puerta.

Chirigota veterinaria

Ocurrió en los Carnavales de Cádiz de 2002. Un compañero gaditano nos había invitado a pasar un fin de semana de carnaval a unos cuantos amigos de la carrera. Nos juntamos 7 veterinarios con la intención de correnos la juerga del siglo. Nos procuramos unos disfraces de lo más variopintos: de pirata, payaso, troglodita, tubo de pasta de dientes, y nuestro anfitrión, de Obispo, con relleno de cojines incluido lo que le daba un aspecto rechoncho. La fiesta transcurría según lo esperado. En cada calle había un espectáculo, y hacíamos una parada en todos y cada uno de los bares que íbamos encontrando a nuestro paso. Las risas y las carcajadas cada vez eran más fuertes y frecuentes a medida que el nivel de alcoholemia iba subiendo. Eran las 2 de la mañana cuando a nuestro anfitrión, “el Obispo”, le sonó el móvil.

-Lo siento – decía con voz estrepitosa y el teléfono pegado a la oreja – Yo no puedo atenderle. Pero le voy a dar un par de números de compañeros veterinarios que sí podrán hacerlo.

Seguimos con la juerga, pero a los 5 minutos le vuelve a sonar el móvil.

-Mire, - le decía a su interlocutor -, Ya le he dicho que no puedo atenderle, estoy en una celebración y ...convulsiones ...ya...veneno...Bueno, pues yo voy para la clínica nos vemos allí.

Colgó con cara apesadumbrada, nos miró con ojos vidriosos:

-Chicos... lo siento... me tengo que ir para atender una urgencia.

-Nada, nada, - le dijimos – no te dejaremos solo... vamos todos contigo (debíamos estar en la fase alcohólica “exaltación de la amistad”).

Como la clínica estaba relativamente cerca, fuimos callejeando y soltando tonterías sujetando al “obispo” en su andar beodo. Cuando llegamos, había en la puerta un señor de edad indefinida y etnia gitana. A sus pies, un perro de tamaño mediano se agitaba entre convulsiones.

Rápidamente cogimos al perro y lo subimos a la mesa de exploración. Las mioclonías, miosis y las convulsiones no dejaban lugar a dudas: Envenenamiento por órgano fosforados. Los que todavía estábamos en condiciones nos pusimos a colaborar, y mientras el “pirata” preparaba el perfusor, y el “payaso” le rasuraba la pata, el “Obispo” titular de la clínica, hurgaba por los estantes murmurando “donde demonios tengo yo la atropina”. Conseguimos ponerle un catéter en la vena y el “Obispo”, ya encontrada la atropina, comenzó el tratamiento. El propietario del animal, que no había abierto la boca desde que llegó, imagino que intentando asimilar lo surrealista de la escena, se dirigió hacia el Obispo (que no se había podido poner una bata porque con el disfraz no le cabían), preguntándole:

- ¿Se salvará, doctor?

El Obispo-veterinario sin soltar en ningún momento el émbolo de la jeringa por la que se le estaba administrando la atropina al paciente, levantó la mirada hacia el techo, puso cara de éxtasis místico y le contestó:

-Si es CREYENTE...

Nos quedamos helados. Un silencio sepulcral invadió la consulta. Todos aguantábamos la respiración.

El propietario se quedó mirando fijamente al veterinario, y tras unos segundos de desconcierto estalló en carcajadas... Nosotros nos miramos con sorpresa e incredulidad. Vista su reacción, nosotros, sin poder contenernos, le coreamos las risas.

El propietario no paraba de reír, hasta incluso, le vimos enjugarse los ojos con el borde de la manga de su chaqueta.

Poco después el perro entró en parada respiratoria, intubamos, ambú ... pero no hubo manera. La ingestión de veneno tenía que haber sido brutal.

El propietario abonó la urgencia, le dirigimos palabras de pésame, y lo acompañamos en comitiva hasta la salida. Antes de salir por la puerta, se volvió, y se dirigió al Obispo-veterinario:

- Doctor...- le dijo – El perro se ha muerto...¡¡¡pero hay que ver lo que nos hemos reído!!! - Y otra vez estalló en carcajadas...

El perro trapero

Era casi un anciano, lo llamaban “El Trapero”. Poco más se sabía de él a pesar de que llevaba toda la vida recorriendo los caminos de la pedanía, recogiendo todos aquellos trastos de los que la gente se iba deshaciendo. Se suponía que vivía en alguna casucha, en algún rincón escondido de la Sierra, pero nadie estaba seguro a ciencia cierta. Su petate, colgado de las encorvadas espaldas, y una vara, arrancada de algún árbol del camino, parecían ser todas sus pertenencias. Formaba parte del paisaje, y cuando aparecía por el pueblo, sí bien nadie se paraba a hablar con él, tampoco lo rehuían. Un día, en su caminata matutina, se percató que un perrillo lo seguía a cierta distancia. Era un cruce de podenco con los huesos marcados sobre una piel canela de pelo seco y áspero. Sus orejas, medio erectas, medio gachas, parecían no estar muy seguras de cuál era la posición correcta, y su rabo, largo y fino, había desaparecido entre sus largas patas traseras. El anciano se paró y el animal hizo lo mismo.

- ¡Largo de aquí! - le gritó. El perrillo agachó la cabeza y reculó unos pasos, pero no se alejó. El Trapero cogió una piedra y se la lanzó al chuchó. Esta vez el animal, asustado por el entorchocar del proyectil sobre la tierra, salió huyendo. El Trapero siguió su camino. El sol caía a plomo y buscó la frescura de una encina para descansar y reponer fuerzas con un chusco de pan y unas cortezas de queso. Pronto se dio cuenta de que no estaba solo. Otra vez el perro se encontraba a pocos pasos. El animal lo miraba lastimosamente y gemía moviendo su rabo.

- ¡Si no hay para uno, menos hay para dos! - Le gritó.

Paso a paso, receloso, el can fue acercándose hasta llegar a poco más de dos metros del hombre. Seguía con la mirada los movimientos de las manos que sujetaban el pan.

Quienes han tenido perro, saben que una de las cosas a las que no puede resistirse una persona es la de darle una porción de alimento a un perro que te está mirando fijamente mientras comes. Y el Trapero, a pesar de ser un hombre curtido por la dureza de la vida, arrancó un trozo de pan y se lo arrojó.

A partir de ese día, en el pueblo, la gente empezó a habituarse a ver a la figura del Trapero y a un perrillo canela caminando siempre dos pasos por detrás. En invierno y en verano, lloviendo o a pleno sol, la pareja recorría los caminos de la serranía y el pueblo, buscando cachivaches a los cuales poder sacar algunas monedas.

Pasaron tres años, era un día lluvioso, que en nada se distinguía de cualquier otro mal día de otoño, la pareja iba andando cansinamente por la empinada carretera de la montaña que llevaba al pueblo. A su derecha se

abría el abismo brumoso y mojado del acantilado. Comenzó a arreciar la lluvia, y el trapero decidió que era mejor buscar el abrigo de la roca, así que cruzó el asfalto. No se percató de que, en ese momento, el perrillo estaba entretenido con unos matojos que posiblemente escondían algún gazapo. Cuando llegó al otro lado, lo llamó. El animal, levantó la cabeza y de inmediato se dispuso a seguir a su amo. Un camión surgió de la curva, y vio, a su derecha, pegado a la roca, a un anciano con la cara lívida. Al perrillo no lo vio.

El animal aullaba de dolor en medio de la carretera, el trapero se acercó y vio al pobre perro en un charco de sangre, una de las patas traseras estaba en un ángulo inverosímil y se veía gran parte del hueso astillado entre los jirones de carne. El hombre lo recogió del suelo y lo envolvió con su chaqueta, de algún lugar recóndito de su cuerpo que no sabía que existiera, surgieron palabras y sentimientos que tuvieron el efecto de tranquilizar al pobre animal. Llegó arriba, al pueblo, y sin soltarlo en ningún momento, preguntó a varias personas dónde había un veterinario.

Cuando traspasó la puerta, con el perrillo ensangrentado en brazos, Marta, la ayudante, no tuvo que preguntarle mucho para darse cuenta de la gravedad de la situación. Lo pasaron de inmediato a la consulta, El trapero explicó lo ocurrido en breves palabras. El veterinario abrió la chaqueta ensangrentada y se le escapó un respingo. El camión había atrapado las dos patas traseras del animal, y si bien, una de ellas sólo parecía tener heridas por abrasión, la otra, estaba destrozada.

-Mire - le dijo al Trapero. - Aquí la única solución sería amputarle la pata.

-Y eso, ¿cuánto costaría? -preguntó el Trapero.

-Pues mínimo 300€ - y aparte las curas, claro.

El Trapero, bajó los ojos. Todos los presentes sabían que le iba a resultar imposible conseguir ese dinero.

-No puedo pagarle, así que haga usted que deje de sufrir. Yo salgo fuera y cuando todo haya terminado, me avisa y me lo llevo.

Se inclinó hacia el animal, y acariciándole detrás de las orejas, allí donde los perros tienen su alma, le susurró “Lo siento, compañero”.

Con ojos vidriosos, y cabizbajo salió de la consulta.

- ¿Que penita, ¿no?, dijo Marta.

-Si Marta, -contestó el veterinario con pesar. - Pero ya sabes cómo es esto. No somos de la beneficencia y tenemos que vivir de nuestro trabajo. No es culpa nuestra.

El veterinario cargó una jeringuilla con un concentrado anestésico y presionó el antebrazo del animal para localizar la vena. El perrillo, ya traspasados los umbrales del máximo dolor, estaba tranquilo.

“Unos segundos más y todo habrá terminado “se dijo el veterinario. Pero se demoraba en clavar la aguja en la vena. “La pata se sujeta apenas por unos colgajos de carne, tampoco sería tan complicado...”. Miró al animal en un gesto instintivo y se encontró con dos ojos brillantes y luminosos color de miel, el animal comenzó a golpear débilmente la mesa con su rabo.

- ¡Maldita sea! - Exclamó con impotencia mientras arrojaba con fuerza la jeringa cargada al fregadero de la consulta.

- ¡Marta, prepara el quirófano!